

FEDERAL **B**UREAU **I**NVESTIGATION

LUNA DE MIEL EN MALIBU



**LOU
CARRIGAN**

FEDERAL BUREAU INVESTIGATION

LUNA DE MIEL EN MALIBU

LOU CARRIGAN

PRODUCCIONES EDITORIALES, S. A.
Avda. José Antonio, 810 - BARCELONA

Es propiedad
COLECCION
FEDERAL BUREAU INVESTIGATION
Nombre registrado

PORTADA: FERNANDO
© Producciones Editoriales, S. A., 1975
Depósito Legal: B 39. 831-75
I. S. B. N. 84.365-0683-9
Impreso en España
Printed in Spain
Imprimió: BALLGRAF - Hospitalet

PRELUDIO

Q

UÉ te parece, Horton? —preguntó el teniente Cassidy, de Homicidios.

Horton Barrow, inspector jefe del F.B.I. en la Delegación de Los Ángeles, encogió los hombros tras incorporarse de junto al cadáver.

—Lo mataron lejos de aquí —opinó—. Debieron traerlo en un coche y pasarlo por entre los ladrillos. Luego quisieron desfigurarle el rostro golpeándole con un ladrillo.

—¿Por qué crees que lo trajeron aquí, a una quinta en construcción?

—Eso ya lo has pensado tú, Cassidy; lo trajeron aquí porque confiaban en que no sería descubierto el cadáver hasta el lunes. Y entonces, todavía habría la dificultad de la identificación, con lo cual el asesino o asesinos habrían tenido tiempo de escapar, que es lo que deben estar haciendo en estos momentos. ¿Habéis tomado las huellas del cadáver, recogido las posibles sobre los ladrillos...?

—Se hizo todo mientras te esperaba, Horton. Ahora ya podemos levantar el cadáver. Y bien, ¿qué dices? ¿Podemos considerar amputación criminal la desfiguración del rostro a ladrillazos? ¿Os quedáis esto en el F.B.I.?

Horton Barrow miró el cadáver. Se trataba de un hombre de alrededor de sesenta años, de apariencia más bien frágil y estatura media, bastante calvo en el centro de la cabeza y muy corto el poco pelo de los lados.

Toda su indumentaria era una vieja gabardina, que ciertamente no encajaba con el calor del verano. Por lo demás, estaba desnudo completamente. Había muerto de un balazo en la espalda, había sido desnudado, le habían colocado la gabardina y, finalmente, le habían llevado a la quinta en construcción, relativamente cerca de Beverly Hills. Mucho trabajo.

Y todo ello, si la lógica tenía algún sentido, estaba encaminado a retardar el hallazgo del cadáver y, una vez hallado, retardar al máximo su identificación, para lo cual le fue desfigurado, además, el rostro.

Sin embargo, el cadáver no había sido hallado la mañana del lunes, ya transcurrido el fin de semana, sino aquella misma noche del viernes, por un vagabundo que había pensado pernoctar en la quinta mediada en su construcción, burlando la vigilancia del guardián de las obras, alejado casi cincuenta yardas de allí.

Eran las tres de la madrugada del sábado.

—De momento, Lemuel —musitó Horton Barrow—, vas a darme las huellas obtenidas de este hombre. Miraremos en los archivos de Los Ángeles y, además, las enviaremos a Washington. Te diré algo por la

mañana, hacia las... —Barrow hizo un rápido cálculo del tiempo que iba a requerir obtener una respuesta de Washington—, hacia las nueve.

—Vale.

CAPÍTULO I

W

AYNE Lorigan dejó de bailar con la pelirroja cuando una mano le sacudió por un hombro:

—¡Eh, Wayne!

¡Qué pelirroja! ¡Cómo bailaba! ¡Y qué... cosas tenía! Seguro que si le daba un besito no protestaría. Era tan simpática y le miraba tan... tan...

—¡Wayne!

El agente especial del F.B.I. Wayne Lorigan se sentó bruscamente en la cama, abandonando la comodísima horizontal. El maravilloso sueño de la pelirroja hizo ¡plop! y se fue. En lugar de la pelirroja, Wayne vio, sentado en el borde de su cama, a su jefe, al inspector Barrow.

Parpadeó.

—¿Qué diablos hace usted aquí, jefe?

—Dúchate y vístete, Wayne. Tienes que casarte esta misma mañana, enseguida, a toda prisa.

—¿Con qué pelirroja? Oiga, le aseguro que no ocurrió nada que haya que remediar. ¿Casarme?

—¿A qué pelirroja te refieres? —gruñó Barrow, más desconcertado que Lorigan.

—A una preciosa. Estaba soñando con ella cuando... ¡Maldita sea, hombre! ¿Sabe a qué hora me acosté?

—Naturalmente. Pasaste tu informe a las cuatro de la mañana, de modo que, entre unas cosas y otras, debiste acostarte a las cinco. Por eso no te critico que a las diez de la mañana estés todavía durmiendo.

—¿Durmiendo? ¡Estaba bailando con una pelirroja como jamás ha podido soñar usted! ¡Y viene a despertarme, entrando en mi casa como un ladrón, con ganzúa! ¿Acaso no terminé mi trabajo?

—Terminaste «aquel» trabajo. Ahora tienes otro por delante. Venga, arriba. Los contribuyentes no pagan para que tú tengas una casita tan linda como esta, con tan hermoso ventanal, jardín y demás cosas bonitas y encima te pases la vida durmiendo.

—Muy gracioso, hombre, muy gracioso.

Barrow se puso en pie y se dirigió al diminuto cuarto de baño de la casita de Wayne Lorigan, en Los Ángeles, cerca del mar. Una casita blanca, con tejado rojo, jardín... Todo pequeño, un pequeño paraíso. Barrow salió del cuarto de baño con una toalla en las manos, mirando hacia la cama donde Wayne, cubierto hasta la cintura con una sábana solamente, había estado durmiendo desnudo, intentando evitar así el calor.

Wayne tenía la cintura delgadísima, el estómago parecía curvado hacia

adentro, los pectorales se marcaban como en piedra, amplios, grandes, correspondiendo a unos hombros de pasmosa anchura. Barrow le tiró la toalla.

—Ponte esto y dúchate ahora mismo. ¡Vamos, Wayne!

Lorigan se colocó la toalla en la cintura y saltó de la cama. Descalzo, caminó hasta detenerse delante de Barrow, cuya cabeza quedaba casi un pie por debajo de la de Wayne.

—He estado pensando —dijo este—. ¿Verdad que ha dicho que tengo que casarme?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con una mujer.

Un chispazo irónico pasó por los oscuros ojos de Wayne.

—Caramba, menos mal. ¿Es pelirroja?

—Ya la verás. Te está esperando... a las diez y media.

—Entonces tendré que darme prisa. ¿La boda va en serio o es algún truquito?

—Es un truquito, pero va en serio —Barrow siguió a Wayne hasta el cuarto de baño y continuó hablando cuando el agente especial desapareció tras la cortinilla de la ducha; tuvo que alzar la voz—: Tan en serio que hasta iréis en viaje de luna de miel a Malibú Beach.

La cabeza de Wayne apareció por un lado de la cortina. Tenía los ojos muy abiertos pese al agua que le chorreaba hacia ellos desde la empapada cabeza.

—¿Malibú Beach? ¿Ese lugar donde los «astros» de Hollywood se compran quintas para descansar de las fatigas de la fama? ¿Ese lugar paradisíaco donde todo es silencio, palmeras, playas azules, geranios, petunias, muchas flores...? ¿Ese lugar donde nadie se mete con nadie? ¿Ese lugar donde uno se puede poner barba postiza y todos crean que uno es «astro» de la pantalla y que quiere pasar desapercibido... o, por lo menos, que no lo reconozcan? ¿Ese lugar donde todas las mujeres que se ven visten traje de baño? ¿Ese lugar lleno de coches lujosos, de piscinas maravillosas...?

—Ese, Wayne.

—¡Santo Dios! No me diga, jefe, que va a poner una de esas quintas a mi disposición.

—No, Wayne. Tendrás que conformarte con unas habitaciones en el «Glow-worm Malibú Hotel».

—¡El «Glow-worm»!

—¿Te gusta la idea?

—Sí.

—Pues acaba de ducharte.

Wayne desapareció presurosamente, pero reapareció un par de minutos después con gesto compungido.

—Jefe, hoy no puede usted casarme.

—¿No? ¿Por qué?

—Es domingo.

—No me hagas perder la paciencia, Wayne. Para el F.B.I. no existen los domingos. Te casarás.

—¡Si al menos fuese pelirroja!

* * *

No lo era.

Era rubia. Una despampanante rubia de ojos azules y cuerpo de maravilla. Wayne se atragantó cuando la vio esperándole a él en el lugar indicado por Barrow.

—¡Maldita sea! ¡Y que una chica así sea rubia y no pelirroja!

La rubia también le había visto a él, pero permaneció indiferente, de pie junto al tercer banco según se entraba por la puerta delantera en Green Park.

Wayne llegó a su altura y saludó:

—Hola, bombonazo.

—Lárguese, pelma.

—¡Eh, preciosa, que yo soy tu futuro marido!

—No sea estúpido.

Wayne miró atentamente a la mujer. Veintitrés años, ni un segundo más. Ojos azules, boquita rosada, talle delgadísimo, caderas de doble tamaño, pero elegantes, sin exageración en lo más mínimo, y un busto para el cine.

El agente especial retrocedió unos cuantos pasos para regresar enseguida ante la muchacha.

—Buenos días, Eveline —saludó.

—Buenos días, Rogers.

—No me llamo Rogers.

—¡Entonces, tú eres Hugh!

—Tampoco. Me llamo Wayne Lorigan.

La muchacha sonrió.

—Debió hacerlo así la primera vez, Wayne. No me gustó lo de bombonazo. Además, si su jefe le ordena una determinada contraseña, no veo por qué usted ha de hacerlo de otra manera.

—De acuerdo —gruñó Wayne—. Pero estás hecha un bombonazo, Eve.

* * *

El inspector Barrow los miró burlonamente a los dos.

—¿Se casaron ya, muchachos?

Wayne no parecía muy conforme. Eveline, además de tener una personalidad recia y ser guapísima, no era pelirroja. Era un conjunto de

aciertos y desaciertos a los ojos de Wayne. En fin...

—Sí, nos casamos.

Eveline suspiró.

—¡Ha sido una boda linda!

Horton Barrow refunfuñó:

—Escuche, Eveline: las cosas no pueden hacerse demasiado bien en domingo. Además, no olviden que su boda está basada únicamente en la licencia. ¿Qué quería? ¿Violines en un juzgado?

—Mire, jefe; esta niña es un poco dura, de modo que vayamos al grano del asunto. Y la próxima vez que tenga que casarme, «yo» elegiré la novia.

—Y «yo» el novio.

—Basta —masculló Barrow—. Parece que se lo hayan tomado en serio. Para los demás, su boda es legal, puesto que lleva fecha del viernes y así constará en el juzgado.

—¿Es legal?

—Claro.

—¿Estamos casados de verdad, de verdad?

—Desde luego.

—¡Pues vaya un negocio! —gruñó Wayne.

—Dejemos ya las bromas a un lado, Wayne. Estáis casados legalmente con fecha y hora de la mañana del viernes, dado que el asunto al que os vais a dedicar ocurrió la noche del viernes. De modo que si alguien consiguiese husmear hoy o mañana en los archivos del juzgado, quedaría convencido de que vuestro matrimonio no es un ardid para colocaros en el «Glow-worm Malibú». Una vez terminada la misión, os divorciáis, para lo cual no encontraréis ningún obstáculo, por supuesto, y quedáis en paz. ¿De acuerdo?

—Adelante, jefe.

—Vamos a ver —Barrow caminó hasta el ventanal de la casita de Wayne y estuvo mirando hacia el jardín como un minuto. Se volvió—: El viernes por la noche mi amigo Lemuel Cassidy, teniente de Homicidios, me llamó por teléfono y me pidió que fuese a determinado lugar. Allí había un cadáver desnudo completamente, excepto una vieja gabardina. Tenía una bala en el corazón, que le entró por la espalda. El lugar donde fue hallado el cadáver es una quinta en construcción y con alguno de los ladrillos sueltos habían desfigurado el rostro del cadáver. Se tomaron huellas, fotografías, se intentó sacar moldes de algunas pisadas... La Policía hizo su trabajo de costumbre, pero no obtuvo nada. Nosotros enviamos las huellas al fichero de Washington. En cuanto tuvimos la respuesta nos hicimos cargo del caso.

—¿Y bien?

—¿De qué se trata?

—¿Habéis oído hablar del vehículo espacial llamado «Nova»?

Eveline se quedó con la boca abierta. Wayne fue más expresivo:

—¡Vaya! ¿Nos va a enviar a la Luna, jefe?

—Solo a Malibú Beach, Wayne. Escuchad: desde Washington me contestaron telefónicamente que habían recibido las huellas por el «Velofoto». Como instrucciones, me dijeron que no hiciese nada hasta que, desde Washington, llegase en avión un enviado especial del Servicio. Un técnico. Llegó ayer al mediodía. Dijo que el hombre asesinado se llamaba Ashley Goldfarb, y trabajaba en la mejora del vehículo «Nova» para ser enviado a la Luna. Últimamente, Goldfarb se agotó, tuvo una crisis nerviosa... Obtuvo permiso para venir a Los Ángeles a descansar... pero se trajo ciertos planos de proyectos para esa mejora del vehículo «Nova». Aquí, con tranquilidad y tomándose un poco a la ligera durante unos días, quizá encontrase la solución.

—¿Qué solución?

—Reducir a la mitad el peso del proyecto inicial.

—¿Cuál es ese peso?

—Unos ocho millones de libras.

Esta vez ni siquiera Wayne pudo articular palabra.

—Un poco pesadito, ¿no es cierto? —sonrió Barrow—. El vehículo constaría de cuatro secciones, cada una de las cuales se desprendería en determinado momento. Empero, ocho millones de libras era demasiado peso. Había que reducirlo... a la mitad, si era posible. Hay que tener en cuenta que el «Nova» consumiría posiblemente algo más de veinte toneladas de oxígeno líquido y keroseno por segundo, que la planta propulsora sería un haz de ocho motores de cohetes «F-1», capaces de desarrollar en total una fuerza impulsora de doce millones de libras; que la segunda y tercera etapa sería impulsada por motores «M-1», con fuerza de tres o cuatro millones de libras; que la cuarta etapa sería cubierta por «S-1VB», con motores de oxígeno y nitrógeno líquido «J-2». Todo ello, teniendo en cuenta el peso del «Nova» y su altura de trescientos cincuenta pies, supone un enorme gasto de centavos —sonrió irónicamente— y no pocas dificultades técnicas de construcción. Pues bien: el científico Ashley Goldfarb, el hombre que ha sido asesinado, parece ser que estaba consiguiendo reducir esas ocho toneladas de libras a cuatro o cinco como máximo, consiguiendo, además, una nueva línea para el proyectil o vehículo, que capacitaría una mayor velocidad y un menor gasto de combustible. En lugar de sesenta horas de vuelo, el «Nova» llegaría a la Luna solo con cuarenta y seis horas...

—¿Y han asesinado a un hombre así?

—Eso es, Wayne.

—Comprendo. Y han robado los proyectos...

—No.

Wayne parpadeó.

—¿No?

—El técnico del Servicio que nos enviaron desde Washington tenía otra clase de información. Verás cómo fue: nosotros pedimos datos a

Washington, y allí comprueban que las huellas recibidas pertenecen a Ashley Goldfarb, científico del Estado dedicado al proyecto «Nova» y a su mejoramiento. Como quiera que Goldfarb ha sido asesinado en Los Ángeles, nos envían un técnico para ponernos al corriente de sus conocimientos y de las circunstancias que rodean a Ashley Goldfarb, así como la dirección de su domicilio en Los Ángeles... y el nombre de su ayudante.

—¿Su ayudante?

—Aja. Un ayudante que según él mismo cree «ha desaparecido».

—¿Pero lo tenemos localizado?

—Desde luego. El hombre se llama Rodney Chetterton, tiene unos treinta y ocho años, es inteligente, fuerte, ambicioso... Una ambición lógica de aprender, de ser, de triunfar... Lógica, pero muy poco conveniente para nuestro país si la tal ambición deriva hacia fines exclusivamente personales.

—¿Dónde está él ahora?

—¿Chetterton? —sonrió Barrow—. Pues está en Malibú Beach, precisamente en el «Glow-worm Malibú».

—¿Cuánto hace que lo sabe, jefe?

—Pues debe hacer unas... veinte horas.

—¿Y hasta ahora no me envía a vigilarlo de cerca? —se excitó Wayne.

—Cálmate. Cuando llegó el técnico del Servicio, fuimos al domicilio de Ashley Goldfarb y su ayudante Chetterton en Los Ángeles. Todo estaba en orden, limpio, arreglado. Los planos aparecieron... según aseguró nuestro técnico. Bueno, y nuestros chicos descubrieron unas gotitas de ese ácido que se utiliza para el revelado de fotografías en la cocina de la casa de Goldfarb. Eso nos hizo sospechar que Rodney Chetterton decidió apoderarse de esos proyectos, de los cuales, sin duda, sabe casi tanto como el propio Goldfarb. Cómo sea, Chetterton llega a la conclusión de que si quiere los planos tiene que matar a su jefe. Y lo hace. Empero, antes se procuró una vieja gabardina y una reserva de habitación en el «Glow-worm Malibú». Chetterton se va a pasar el fin de semana a Malibú Beach, llega, se inscribe, dice que va a descansar toda la noche y se mete en su habitación. Apenas dentro de su habitación, lista la coartada, se las arregla para salir, regresa a Los Ángeles, mata a Goldfarb, fotografía y revela allí mismo los proyectos, pone la gabardina a Goldfarb, lo saca de la casa en un coche y lo lleva a la quinta en construcción. Luego regresa a Malibú Beach y entra en su habitación tan fácilmente como salió. Su coartada está perfecta.

—Pero, entonces, ¿por qué traslada el cadáver?

—Porque necesita tiempo. Cuanto más tiempo tarden en ir a buscarlo al «Glow-worm Malibú», mejor.

—¿Él sabe que irá a buscarlo allí la Policía?

—Sí, porque tuvo la astucia de dejar descuidadamente la respuesta telegráfica del «Glow-worm Malibú» diciéndole que, en efecto, le

reservaban una habitación para aquel fin de semana.

—Entonces, su plan ha fallado...

—Ha fallado porque se ha descubierto el cadáver de Goldfarb antes de lo que él calculó, o sea, el lunes.

—Pero él ignora eso, ¿no?

—Suponemos que sí.

—¿Suponemos?

—Enviamos allá a Griscolm...

—¿A Rudy?

—Eso es: a tu amigo Rudy Griscolm. Pues bien...

Wayne se mordió los labios.

—¿Ha muerto?

—No lo sabemos. No sabemos absolutamente nada del agente especial Rudy Griscolm. Concertamos dos llamadas telefónicas. No efectuó la primera... Ni la segunda. No sabemos nada de él. Ahora dos muchachos vigilan a Chetterton, pero de lejos. Rudy Griscolm, que se alojó en el «Glow-worm Malibú», no da señales de vida... ni de nada. Vosotros dos os alojaréis en el «Glow-worm Malibú» como recién casados, para vigilar de cerca a Chetterton. Si él permanece todavía allí el lunes, es que estará esperando algo —Barrow endureció el gesto—. Nosotros también esperaremos.

—Maldita sea —masculló Wayne—. ¡Como le haya ocurrido algo a Rudy...!

—No nos engañemos, Wayne: hay que pensar lo peor. Por tanto, vosotros sed cautos. Como es natural, hay que sospechar que el tal Chetterton piensa quizá vender esos proyectos a alguien... No podemos permitir que nos roben esos proyectos. Por varios motivos: han asesinado a un hombre, ha desaparecido un agente del F.B.I., se está cometiendo, probablemente, traición... y el gran prestigio que significaría para los Estados Unidos ser los primeros en colocar a alguien en la Luna. Llegaréis a Malibú Beach como dos extras de la «Paramount» que se han casado el viernes. Usaréis tu coche, Wayne.

—¡Pero si es un cacharro...!

—No está tan mal, no llores. No conviene que gastéis demasiado dinero. Simulad que estáis en el lujosísimo «Glow-worm Malibú» con cierto esfuerzo económico... En fin, espero que sabréis representar bien el papelito.

Wayne lanzó un gruñido.

Y luego:

—¿Cómo conoceremos a Chetterton?

Barrow les mostró una fotografía.

—La obtuvo uno de los muchachos que vigilan a Chetterton, en un momento en que, acercándose, casi se cruzó con él.

Eveline y Wayne miraron atentamente la fotografía. Rasgos acusados,

mirada inteligente, barbilla firme, pelo lacio, peinado con raya muy alta, nariz recta, labios finos... Un hombre de carácter.

—Lo que yo quisiera saber —rezongó Wayne— es por qué me ha elegido a mí, maldito sea...

—Porque tú eres el mejor hombre de que dispongo cuando se trata de pesca submarina, Wayne.

—¿Pesca submarina?

—Nuestro querido Chetterton es un entusiasta de ese deporte. Bucea mucho, mañana y tarde. En el portaequipajes de tu coche tienes un fusil y un pulmón. Llevas dos arpones de repuesto, Wayne. No te dejes sorprender, muchacho...

—Oh, claro... Sería una pena dejar una viudita tan... rubia.

—¿Qué tiene contra las rubias, Wayne? —sonrió Eveline.

—Que no son pelirrojas.

—Si quiere, puedo teñirme... ¿Sabe que tiene una casita preciosa?

—Al diablo, bombonazo. Aquí nada más entrará una pelirroja. ¿Podemos irnos ya, jefe? Prepararé mi maleta...

—La tienes ya en el coche. Eveline también —sonrió Barrow—. No sois vosotros los únicos que trabajáis, como estáis viendo... Y otra cosa: empezad ahora mismo a tutearos. Y si vuestro matrimonio ofreciese dudas para alguien, besaros de modo que os vean, etcétera.

Eveline se sofocó, mirando airada a Barrow.

—¿Qué quiere decir eso de «etcétera»?

Wayne miró sonriente a Eveline por primera vez desde que se habían casado. Le guiñó un ojo.

—Pues está bien claro, cariño. Etcétera quiere decir... Vaya, yo creo que está bien claro. ¿Acaso no estamos casados?

Eveline enrojeció aún más. Miró de nuevo a Barrow.

—¡Oiga, yo no me he prestado a esto para...!

Horton Barrow alzó ambas manos.

—Calma, calma. Los dos sois sensatos. Estoy seguro de que haréis en todo momento lo más conveniente... Bien, Wayne, aquí tienes tres mil dólares. Adelante. No volváis sin saber qué le ha ocurrido a Rudy Griscolm, sin saber con quién se ve Chetterton o qué diablos busca debajo del agua en la bahía de Malibú, sin saber si todas nuestras deducciones son exactas...

—¿Y nada más? —cortó hurañamente Wayne.

—Pues... sí —Barrow encendió un cigarrillo, se dejó caer en uno de los silloncitos del pequeño *living* y suspiró profundamente, lanzando el humo con fuerza—, hay algo más, ciertamente: ¡feliz luna de miel, chicos!

CAPÍTULO II

E

El descapotable de Wayne Lorigan se detuvo alrededor de las tres de la tarde cerca de la puerta principal del «Glow-worm Malibú», en el sitio exacto del aparcamiento señalado para los recién casados llegados.

Había allí, en un gran cartelón, una luciérnaga pintada en tono blanco verdoso. Arriba, en lo más alto del edificio de seis pisos que miraba al mar, también había otra luciérnaga, en tubos de neón.

La de arriba se veía mejor por la noche, desde luego, cuando encendían el luminoso. Entonces parecía, de verdad, una luciérnaga.

Apenas detenido el coche, Wayne Lorigan se puso en pie en el asiento y exclamó:

—¡Allí está el mar, Eve...!

Ella sonrió. En realidad, miraba más a la pareja que los contemplaba con irónica benevolencia desde lo alto de la breve escalinata que a Wayne, como disculpándose ante ellos del infantil entusiasmo de su marido.

—¿Y está azul, Wayne?

—¡Oh, muy azul...! ¡Lo pasaremos bien, Eve...!

Eveline Robbins se sonrojó un poco. Fue por un pensamiento interior, muy personal, ciertamente... peculiar. Pero la pareja que los miraba sonrió comprensivamente.

Wayne saltó del coche, lo rodeó por delante y abrió la portezuela para que Eveline se apease. Apenas esta había puesto los pies en el suelo, le rodeó la cintura con un brazo y subieron la escalera hacia la entrada. Un botones corría ya a por su equipaje.

Excepto la pareja que los miraba un tanto irónicamente, no pudieron ver casi a nadie más. Aquella hora resultaba terriblemente propicia para el sol, de modo que la piscina, la playa, las pistas de tenis... todo estaba vacío.

Había un gran silencio elegante en el lujoso «Glow-worm Malibú», todo cristal, piedras, plantas de intenso verdor, enormes ventanales, refrigeración...

—¿Una *suite*? —les preguntaron.

Wayne y Eveline se miraron de reojo.

—Esto... Sí, claro... No muy grande, ¿eh? Si pudiera verse el mar...

—Estarán bien allí. ¿Quieren firmar?

Wayne llenó las casillas correspondientes: señor y señora Lorigan. Luego firmaron los dos. El recepcionista entregó la llave a uno de los dos botones que cargaban con el equipaje.

—La quinientas setenta y ocho.

El ascensor.

Wayne todavía tuvo tiempo de ver a la pareja. Los miraban sin ningún disimulo. Ella era joven, pelirroja, bonita... y le miraba con inocultable admiración. Él era un tipo de los llamados guapos. Alto, fuerte, agradable...

Sin duda debía serlo menos que Wayne, ya que la pelirroja que le acompañaba no apartaba la mirada del agente especial del F.B.I.

—Quinto piso.

Cinco dólares de propina. Era una barbaridad...

El botones cerró la puerta y Wayne se quedó con la llave en una mano y la cintura de Eveline en la otra.

La muchacha dijo:

—¿Por qué no descansas un poco, Wayne?

—No me siento cansado.

—¿Ni incendiado?

—¿Incendiado?

—¿Acaso no viste cómo te miraba la pelirroja aquella?

—¡Vaya! No me digas que tienes celos...

Eveline soltó una risita de burla.

—Me muero de celos... ¿Me permites que entre yo primero al baño, Wayne?

—¿No podría yo...?

—Siempre me he bañado sola.

—Hum...

—¡Oye...!

Wayne sonrió burlonamente.

—He querido decir que lo celebro, bombonazo.

Eveline frunció el ceño. Lo mejor, por supuesto, era adoptar desde el principio una actitud transigente con Wayne. Y tolerante.

Según le había parecido notar, estaba un tanto mimado por el inspector Horton Barrow. Generalmente, los mimados no suelen obtener grandes resultados en las misiones que se les encomiendan...

Volvió la espalda con indiferencia y se dirigió hacia su maleta. Rebuscó hasta encontrar una bata...

—Bonita bata, Eve... y etcétera.

Ella se volvió hacia él, como congelada.

—Lo de etcétera fue una broma de mal gusto del jefe, Wayne. Te ruego que lo olvides y que, cuando estemos a solas, recuerdes, a tu vez, que esto es un trabajo más para el F.B.I...

—¡Ssst...! Puede haber un micrófono en cualquier lugar, Eve. Tendrás que comportarte, incluso aquí, como una enamoradísima recién casada.

Ella miró, un tanto inquieta, a su alrededor, hasta captar la sonrisilla de él. Tomó bruscamente la bata y se dirigió al cuarto de baño.

Cuando hubo cerrado la puerta tras ella, Wayne se encogió un tanto despectivamente de hombros.

—¡Bah, es rubia...!

Se dirigió a su maleta, la abrió, sacó la ropa y fue colocándola en su armario. Cuando la maleta ya estaba vacía, tiró de una finísima tira de cuero, mostrando un doble fondo. Allí había dos cajas del tamaño de paquetes de cigarrillos, así como media docena de objetos circulares, de un par muy escaso de pulgadas de diámetro.

En un par de minutos, Wayne dejó montados dos diminutos magnetófonos, listos para ser usados. Con uno de ellos se dirigió hacia la maleta de Eveline. Lo dejó encima y regresó hacia el que se había reservado para sí. Cerró el pequeño estuche de cuero y se metió el aparato en un bolsillo.

Encendió un cigarrillo y permaneció pensativo por espacio de casi un minuto. Había una arruga de preocupación en su frente.

Tomó una decisión. Fue hacia el diminuto magnetófono que dejaba a disposición de Eveline y lo puso en marcha. Con la pequeñísima pastilla microfónica muy cerca de la boca, dictó:

—Eveline, no te muevas de aquí. No tardaré ni media hora. Voy a las habitaciones que ocupó nuestro compañero Rudy Griscolm.

Cortó y regresó la cinta a su principio. En absoluto parecía temer la presencia de cualquier micrófono o cualquier otra clase de vigilancia sobre ellos.

Salíó de la habitación 578 y descendió al cuarto piso, asegurándose de que nadie le veía. Caminó por aquel pasillo hasta detenerse ante la puerta de la habitación 427.

Miró a ambos lados del pasillo con naturalidad, simulando buscar algo en un bolsillo... Lo cuál era cierto, puesto que una vez convencido de que el calor retenía a todo el mundo en sus habitaciones, sacó un juego de ganzúas e introdujo una en la cerradura de la puerta correspondiente a la habitación 427.

Demostró una admirable habilidad, ya que ni siquiera tardó quince segundos en abrir la puerta. Cerró rápidamente tras él y quedó pegado a la puerta, de espaldas.

No tardó mucho en ir distinguiendo el conjunto de habitaciones que formaban la 427. Entraba un apagado resol por una de las persianas.

Se dirigió a esa ventana y la graduó para un poco más de luz, la indispensable para ver con aceptable claridad.

Durante un cuarto de hora registró con magnífica elegancia todo el apartamento, sin desvirtuar ni alterar ninguna posible pista, tocándolo todo con la punta de los dedos, apenas rozando las cosas.

Se quedó igual que al llegar. Nada anormal. Las ropas de su amigo y compañero Rudy Griscolm estaban en su sitio, bien colgadas, la cama intacta, sus útiles de aseo en el cuarto de baño...

Todo mostraba un orden serio, limpio... No había colillas, ni periódicos, ni perfumes... Nada. Absolutamente nada que pudiese proporcionar un indicio... por lo menos, a simple vista.

Wayne se pasó la mano por la boca. Por supuesto, un hombre como Griscolm, cumplidor, disciplinado, hábil, valiente, no podía desaparecer así como así, como si nunca hubiese existido, sin dejar ninguna pista, ninguna señal...

Se encerró en el cuarto de baño y preparó el pequeño magnetófono que se había metido en un bolsillo. Lo puso en marcha. Cuando habló, lo hizo en latín:

—Rudy: promoción del cincuenta y ocho, número seis, encadenado a ti, habitación uno más, seis más, uno más. Déjame los cigarrillos donde los encuentres.

Paró el magnetófono, le quitó la funda de cuero y lo dejó en el estante de cristal de al lado del lavabo.

Sacó su paquete de cigarrillos y lo vació. Luego colocó en el paquete vacío el magnetófono, juntó las solapas cruzadas y salió del cuarto de baño.

Dejó el sustancioso paquete de cigarrillos junto al teléfono y colocó encima un cigarrillo suelto, colocado transversalmente.

—Bien...

Se quedó allí un par de minutos más. Estuvo a punto de encender un cigarrillo, pero abandonó la idea. Se dedicó a colocar los cigarrillos sueltos en la funda del magnetófono mientras miraba con interés a su alrededor, escrutándolo todo. Nada.

—Malditos sean... Lo han matado...

Notaba una ira fría, unas ganas de enfrentarse a alguien, de devolver el golpe que sin duda había recibido Rudy.

Dirigió una última mirada al paquete de cigarrillos, y se dirigió hacia la puerta. Rudy sabría dónde estaba él cuando oyese el mensaje: uno más, seis más, uno más.

Refiriéndose a la habitación del propio Rudy, aquello significaba un aumento de uno sobre el primer número, de seis sobre el segundo, de uno sobre el tercero. Sumando estos números a los de la habitación 427 se obtenía un resultado: 578.

Abrió la puerta y miró a ambos lados, siempre con naturalidad. Salió, introdujo la ganzúa y cerró. Luego, sin ser visto, regresó a su habitación.

Cuando entró, la puerta del cuarto de baño estaba abierta, y Eveline se peinaba ante el espejo.

—¿Algún indicio, Wayne?

—Ninguno —musitó Lorigan—. Haciendo una frase de novela, podríamos decir que parece que se lo ha tragado la tierra.

—¿Y por qué la tierra?

—¿Cómo?

—¿Y el mar? En este lugar es más fácil esconder algo en el mar que en la tierra, Wayne.

Lorigan miró con cierto asombro a su «esposa». ¿De modo que ella también pensaba?

—¿A qué hueles, Eve?

—A perfume. ¿Te gusta?

—Psé...

—Eres muy amable.

—Daría algo por saber dónde está Rudy, qué le ha pasado... Si lo han matado, lo lamentarán.

—Si lo han matado, a Rudy ya no debe importarle nada. ¿No vas a ducharte?

—No. ¿Has borrado lo del magnetófono?

—Claro. No sabía que lo tuviésemos. ¿Lo utilizas siempre?

—Últimamente, sí... si es posible, claro. Dejé uno a Rudy. ¿Sabes latín, Eve?

—Muy poco.

Wayne torció el gesto, dirigiéndose hacia la ventana. Ya sabía él que una mujer que no fuese pelirroja no podía ser una gran ayuda.

Desde la ventana se veía el mar, luminosamente azul bajo el potente sol. En los terrenos del hotel, muy cerca del edificio, se veía una piscina en forma de pera, con palancas y trampolines. Incluso desde los cinco pisos de altura se veía el fondo, matizado de un azul clarísimo... ¿De modo que el tal Rodney Chetterton era un gran buceador...?

—Voy a bajar a la piscina, Eve.

—Yo...

—Tú te quedarás aquí, junto al teléfono. Puede que Rudy esté aún vivo y quiera ponerse en contacto con nosotros. Si no es Rudy quien llama, recuerda que estás muy cansada, y que por eso no has bajado a la piscina conmigo. Querías descansar, pues ayer terminaste una película a marchas forzadas... ¿Has entendido?

—Sí, Wayne.

—Aja.

Lorigan se dirigió al dormitorio. Torció el gesto al ver el único lecho. Se dirigió al armario, tomó su bañador y un albornoz. Allí mismo se cambió, poniéndose el bañador y cubriéndose luego con el albornoz. Se calzó unas zapatillas de goma, de una sola tira, y salió al *living*.

—¿Qué hora es, Eve?

Ella estaba fumando, junto al teléfono, muy ligerita de ropa, oliendo bien, hermosa en verdad.

Wayne parpadeó cuando los magníficos ojos azules se clavaron en los suyos.

—Casi las cinco.

—No bajes antes de las seis.

—Bueno.

—Sería conveniente que, de verdad, te tumbases en la cama. No tenemos por qué hacer mal las cosas... ¡Oh, claro, yo me voy ahora mismo!

—Lo que tú digas.

Wayne la miró atentamente. Piernas bien torneadas, busto inquietante, boquita rosada, húmeda, cintura brevísima. Bueno, para ser rubia no estaba del todo mal...

—Aja. ¿Te doy un beso... o no es necesario?

—En mi opinión, no es necesario, pero...

Había un brillo de burla en los ojazos azules. Wayne soltó un gruñido. Se dirigió a la puerta y la abrió. Salió, pero entró inmediatamente, antes de cerrar.

—Supongo que vas armada.

—No te preocupes por mí.

—¿De veras? No pensaba hacerlo.

Cerró la puerta y se dirigió al hueco del ascensor. Pulsó el timbre y la cabina comenzó a subir en el acto.

—Buen servicio...

Cuando atravesó el vestíbulo solo había allí la hermosa pelirroja que los viera llegar a él y a Eveline.

Ella lo miró, siempre con aquella expresión un mucho admirativa y sonrió levemente. Wayne correspondió a la sonrisa, pero no se detuvo ni se volvió a mirarla. Era una lástima, pero un recién casado...

Lucía un hermoso sol y había una gran calma en el ambiente. La entrada al hotel estaba flanqueada por grandes macetas que contenían plantas de anchas hojas verdes. Numerosas palmeras rodeaban el aparcamiento.

La piscina estaba a la izquierda. Se dirigió hacia allí y dejó el albornoz en el respaldo de una de las sillas que rodeaban una de las mesas protegidas por un gran parasol de vivos colores y dibujos marinos.

Un camarero se levantó perezosamente desde el fondo dispuesto a caminar hacia él. Wayne le hizo una seña negativa y contuvo una sonrisa al ver el gesto de alivio del hombre. Verdaderamente hacía un calor espantoso...

Se colocó en el borde de la piscina y se tiró en plancha de salida, quebrando en espuma la transparente agua.

Emergió casi en la otra punta de la piscina, que debía tener no menos de cuarenta yardas.

Era un nadador magnífico, y lo estuvo demostrando durante un cuarto de hora, saltando de la palanca, trampolín, del borde de la piscina, nadando de todos los estilos, zambulléndose, recorriendo la totalidad en largo de la piscina entre dos aguas...

Cuando se decidió a prestar atención auténtica, vigilante, a cuanto le rodeaba, se asombró de su éxito: un hombre de unos sesenta años, de aspecto muy agradable, parecía comentar con una linda jovencita sus habilidades acuáticas, ambos sentados a una mesa con sendos vasos de refresco; otras dos mesas estaban ocupadas por un hombre cada una, y en otra mesa, otro hombre, también solo, que parecía más enfrascado en los

papeles que tenía ante él y en los cuales hacía algunas anotaciones.

Pero el mayor éxito fue, sin duda, la presencia de la pelirroja en el borde de la piscina con las piernas colgando hacia el agua... pues estaba en bañador.

—Santo cielo...

Era una belleza que apabullaba... que hubiese apabullado posiblemente a otro hombre que careciese de una desenvoltura que rayaba con el cinismo.

—Hola —sonrió jovialmente Wayne—. Un calor terrible, ¿eh?

—Terrible —sonrió la pelirroja—. Nada usted muy bien.

—Psé... Espere a que me decida a pescar algo... Con fusil acuático, quiero decir.

—Oh, lo imaginaba, claro... ¿Y... su esposa?

—Descansando. ¿Y... su esposo?

—No es mi esposo —rio la pelirroja.

—Ah, comprendo.

La pelirroja enrojeció un poco.

—Creo que no comprendo, señor... señor...

—Wayne Lorigan, de la «Paramount».

—¿De la «Paramount»? ¿Trabaja en el cine?

—Pues... Bueno, trabajar, sí; pero... sin mucha suerte.

—¿Por qué?

—Trabajo de «extra». Algunas veces doblo a los «astros» en las secuencias peligrosas. Ya sabe: caídas de caballo, choques de coches, saltos al abismo...

—Oh, claro...

—Eveline... Mi esposa, claro, también trabaja conmigo. Tampoco ella ha tenido suerte.

La pelirroja sonrió.

—Creo que somos muchos los que no tenemos suerte, señor Lorigan. Me llamo Hyra Hibben. El hombre que usted creyó mi marido es mi agente... Espera conseguirme algún día un buen papel.

—Vaya... Yo creo que lo merece. Bueno, quiero decir...

—Gracias —rio Hyra Hibben—. Y en mi opinión, usted y su esposa harían una estupenda pareja —los ojos de la pelirroja brillaron con admiración fijos en los húmedos hombros de Wayne—. Una estupendísima pareja.

—¡Ojalá opinase así algún productor o director! ¿Se molestará si la invito a beber algo?

—Al contrario, acepto encantada... Es decir...

—Eveline es muy comprensiva.

—En ese caso, acepto... ¡Oh! Por allí viene el señor Chetterton... Es un nadador casi tan bueno como usted, señor Lorigan... Cada día sale a pescar, mañana y tarde. Me pregunto si va a salir también esta tarde...

—Yo diría que sí, pues lleva las aletas y el fusil... Espero que no pretenda pescar en la piscina.

Hyra Hibben soltó una carcajada alegre, despreocupada. Wayne había achicado los ojos para mirar a su presa.

En efecto, Rodney Chetterton era un hombre alto, fuerte, de aspecto un tanto hosco, ceñudo el rostro. Un hombre de carácter. Tenía los hombros casi tan anchos como Wayne, pero era un poco más bajo.

La foto que Wayne había visto era buena, fiel, exacta. Chetterton caminaba con cierta pesadez, lentamente. Se había pasado la talonera de las aletas por una muñeca y en esa misma mano llevaba con soltura el fusil de aire comprimido.

Tenía los pies grandes, anchos. El albornoz era de colores bastante apagados, muy discreto. Parecía de mal humor, como en la foto. Por un instante miró hacia las mesas del *swimming-bar*, casi a hurtadillas, como quien espera encontrar a alguien determinado...

Wayne desvió rápidamente la mirada hacia allí, pero no hubiese podido decir a quién había mirado Chetterton: si al hombre de avanzada edad con la jovencita o a cualquiera de los otros tres que, cada uno en su mesa, parecían bastante aburridos, bebiendo en los altos vasos.

Uno de ellos, empero, no parecía aburrido: el que se dedicaba a escribir. Era el único que no miraba hacia ellos o Chetterton.

—¡Señor Chetterton! —llamó Hyra Hibben.

La presa de Wayneladeó la cabeza. Su mal humor pareció aumentar. Se hallaba a unas ocho yardas de distancia y desvió su camino de evidente mala gana.

—Usted dirá...

—Le he encontrado un compañero de pesca —señaló la pelirroja—: el señor Lorigan... Oh, creo que nada incluso mejor que usted...

—¿De veras?

Wayne tendió la mano, sonriendo ampliamente.

—Me temo, señor Chetterton, que le he caído demasiado bien a la señorita Hibben. No merezco sus halagos.

Chetterton aceptó la mano en apretón fugaz, breve, seco.

—De todos modos —casi gruñó—, y sin querer molestar al señor Lorigan, les diré que me gusta ir a pescar solo. Me parece más... apasionante.

—Pero peligroso —sonrió Lorigan.

—Estoy segura de que el señor Lorigan —intervino la Hibben— sería un excelente compañero.

—No lo dudo —masculló Chetterton—. Bien... Ustedes me perdonarán, pero creo que me he retrasado un poco... —vaciló—. Quizá en otra ocasión podamos ir juntos, señor Lorigan.

—Cuando usted quiera... Sin embargo, no haga mucho caso a la señorita Hibben. En realidad, estoy en luna de miel y no creo disponer de

mucho tiempo para dedicarme a la pesca.

Chetterton forzó una sonrisa.

—Comprendo... —musitó—. Bien, hasta la vista.

—Encantado.

Antes de alejarse, Chetterton volvió a mirar hacia la terraza del *swimming-bar* rápidamente.

Wayne se volvió, haciendo una seña al camarero, pero dirigiendo la mirada, en realidad, hacia donde le parecía que la había dirigido Chetterton.

Ya solo estaban el infatigable escritor, uno de los hombres y la desigual pareja, que, naturalmente, tenía gato encerrado.

Faltaba uno de los hombres, el de cabellos rabiosamente rojos, rostro pecoso y mandíbula adelantada. Wayne no se atrevió a llegar a una conclusión respecto hacia dónde había mirado Chetterton.

—¿Qué tomará, señorita Hibben? —preguntó Wayne cuando el camarero estuvo ante ellos.

—Un «California-Show».

—Lo mismo —sonrió Wayne.

El camarero se alejó.

La pelirroja se estaba mirando las magníficas rodillas cuando preguntó:

—¿Alquilará usted una lancha, señor Lorigan? Dudo mucho que pueda pescar algo a menos que vaya con una lancha hasta Cavern Rock, una media milla mar adentro. Es un hermoso lugar.

—¿Ha estado usted allí?

—Pues... sí. Sí, he estado allí con Owen. Me refiero a Owen Apperson, mi agente.

—Ya... Bueno, quizá me decida a alquilar una lancha... si no hay más remedio.

—Pertenecen al hotel, que tiene un varadero detrás de la piscina. ¿No lo ha visto aún, claro?

—Todavía no.

—Alojarse en un hotel como el «Glow-worm Malibú» tiene sus ventajas. Todo lo tiene al alcance de la mano —sonrió—, pagándolo un poco caro, es cierto. Pero resulta maravillosamente cómodo. El varadero es un pequeño muelle, final de una especie de canal que llega hasta el mar. Un canal delicioso, de piedra, bordeado de sauces y flores. Es un trozo de mar en el hotel, señor Lorigan. Dudo que haya en toda Malibú Beach otro hotel como este.

—Yo también empiezo a dudarlo. De lo que no tengo ninguna duda es que en este hotel se aloja lo... mejor.

—Si no quiere estropear su luna de miel —sonrió la Hibben—, no sea tan galante. Creo que aquella es su esposa, ¿no?

—En efecto...

Wayne se puso en pie. Hubiese dado un salto de alegría al ver acercarse a Eveline, también en albornoz, sonriendo. No podía quejarse del trabajo de

la muchacha, cierto... Lástima que fuese rubia.

—¿Ya despertaste? ¿Estás más descansada?

—Sí, Wayne.

Eveline se acercó más a Lorigan, se alzó sobre las puntas de los pies y besó al agente del F.B.I. en los labios, brevemente, pero con miga. Wayne carraspeó, mirando de reojo a Hyra Hibben. Presentó a las dos mujeres.

—¿Qué tomarás, Eveline?

—Lo mismo que tú... Oh, olvidé mi alianza...

—¿La olvidaste?

—Bueno, me la quité un momento... Y como no estoy acostumbrada...

—Iré a buscarla.

—No es necesario, Wayne...

—¿Cómo que no es necesario? —gruñó Wayne, sonriendo—. No quiero que alguien piense que estás soltera. ¡Oh, no, diablos, no...! Volveré enseguida. Te pediré un «California-Show»... ¿Te parece bien que alquilemos una lancha del mismo hotel, Eve?

—Me encantará, Wayne.

—Bien. Enseguida vuelvo.

Apenas invirtió tres minutos en llegar a sus habitaciones. Vio enseguida, junto a la ventana, los pequeños prismáticos, pero no se dirigió hacia ellos, sino hacia la mesita que sostenía el teléfono.

Junto al aparato había un paquete de cigarrillos. Sacó del interior el pequeño magnetófono y lo puso en marcha:

—Wayne —era la voz de Eveline—, os he estado mirando con los prismáticos desde la ventana. He visto a Chetterton hablando contigo y con la pelirroja. He aquí lo que ha hecho después de alejarse de vosotros: se ha dirigido hacia la otra parte de la piscina, que tú no puedes ver debido a los altos setos. Ha mirado hacia atrás varias veces, pero no sé qué ni adonde exactamente. Lo he perdido de vista un par de minutos... quizá tres. Luego ha salido en una lancha, por una especie de canal que no hubiese distinguido de no ser por el color rojo de la lancha, y se ha dirigido hasta el mar. No he podido ver más, por el ángulo del edificio del hotel que me ha obstaculizado la visión. En la ventana están los prismáticos. Bajo antes de la hora convenida por si a ti se te ocurre algún medio de seguir la ruta de Chetterton. ¿Lo he hecho bien, Wayne?

Lorigan silbó por lo bajo.

—Maravillosamente bien, inteligente rubia. Y apuesta tu belleza a que sé desde dónde mirar la dirección que sigue la lancha de nuestro querido Chetterton.

Borró el mensaje de Eveline, metió el magnetófono en el paquete de cigarrillos y lo escondió bajo un almohadón del sofá.

Todo ello rápidamente, de modo que apenas tres minutos más tarde entraba de nuevo en las habitaciones del desaparecido Rudy Griscolm, cuya ventana, dando al otro lado del edificio, permitía mirar hacia donde se

había dirigido Rodney Chetterton.

Graduó la persiana convenientemente y miró con los prismáticos hacia el mar. Localizó casi enseguida la lancha roja. Estaba varada junto a un gran grupo de rocas, sin duda Cavern Rock, que había mencionado Hyra Hibben.

No se veía a nadie en la lancha ni en las rocas, de modo que Chetterton debía estar sumergido. Bien: no podía tardar mucho en salir... a menos que en la lancha tuviese tubos de oxígeno, en cuyo caso podía estar sumergido quizá media hora.

Wayne hizo una mueca de disgusto cinco minutos más tarde. Su presa continuaba bajo el agua y el tiempo pasaba velozmente.

Abajo, Hyra Hibben debía estar diciéndose que una alianza no precisa tanto tiempo para ser recogida...

—¡Ahí está...!

Chetterton —naturalmente, debía ser él— apareció muy cerca de la lancha, por el costado de la cual pendía una escalerilla de madera acoplada a la borda. Subió ágilmente.

Llevaba un doble pulmón, pero no parecía haberse dedicado a la pesca, ya que no tenía en las manos el fusil acuático.

—Vamos, vamos, haz algo... —musitó Wayne.

Todo lo que hizo Chetterton fue desembarazarse de los tubos de oxígeno, dejarlos sobre la pequeña cubierta y sentarse luego en la borda. Se disponía a esperar algo.

—Maldita sea...

De pésimo humor, Wayne se dispuso a marcharse. No podía estar allí tanto tiempo... Estaba a punto de salir, cuando recordó el mensaje dejado a Griscolm.

Pero el magnetófono solo emitió su propia voz: «Rudy: promoción del cincuenta y ocho, número seis, encadenado a ti, habitación uno más, seis más, uno más. Déjame los cigarrillos donde los encuentres».

Dejó el paquete de cigarrillos, al cual se refería lo último de sus frases, en el mismo lugar, y regresó a sus habitaciones. Escondió los prismáticos, recogió el anillo de Eveline —por supuesto que el inspector Barrow había cuidado aquel detalle— y bajó a toda prisa al *swimming-bar*.

—¡Wayne! —exclamó Eveline—. ¿Cómo has tardado tanto?

—Bueno... Olvidaste decirme dónde dejaste la alianza, Eve...

—¡Oh!

—Aquí está, de todos modos. Espero que te acostumbres a no quitártela jamás, Eve. Ya sabes... ¿Te ha gustado el «California-Show»?

Los dos parecían un tanto intimidados. Hyra Hibben sonrió simpáticamente.

—Opino —susurró— que lo mejor que puedo hacer por ustedes es dejarlos solos...

—Oh, no...

Pero ella se había puesto en pie, tendiendo la mano.

—Ha sido un placer, señora Lorigan. Me encanta su marido... en el mejor sentido.

—Gracias.

—Y por allí viene Owen. Algunas veces hasta creo que me pedirá que me case con él. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Wayne se sentó. Miró a Eveline y le tomó una mano.

—¿Has conseguido algo?

—Sí. Lo sabrás cuando hagamos el informe, a la noche. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Como observo que has bajado vestida para pasear, daremos un paseo. ¿No te gusta nadar?

—Según. ¿Viste algo?

—Ya lo sabrás esta noche... cuando hagamos el informe. Tomaremos un «California-Show» más y subiremos. Tengo que cambiarme. Y luego iremos al varadero. Hay que alquilar una lancha.

CAPÍTULO III

L

A cena transcurrió en un ambiente agradable. En el «Glow-worm Malibú» había atracciones, pero comenzaban después de la medianoche, tras haber visto la luciérnaga artificial montada en tubos de neón en lo alto del edificio del hotel.

Poco después de la cena se organizó la diaria salida nocturna al mar. Solían salir en el yate del hotel. Un yate de líneas ciertamente discutibles, pero que llenaba las exigencias de exóticas diversiones de la gente que se alojaba en el «Glow-worm Malibú».

Wayne y Eveline aceptaron la salida con aparente satisfacción. En realidad, y como es lógico, su máximo interés estaba centrado en conocer a cuantas más personas mejor.

Suponer que un individuo como Rodney Chetterton actuaba solo, por su cuenta y riesgo, y además lo hacía bien, era ciertamente descabellado. Debía haber alguien más alojado en el hotel que dirigiese o, por lo menos, protegiese los pasos del ayudante del científico Ashley Goldfarb.

De un modo puramente estadístico, los científicos eran las personas menos indicadas para ejercer el espionaje.

Por diversos motivos: en el espionaje no había nada exacto, de modo que casi nunca dos y dos eran cuatro; luego el científico suele ser una persona irritable, inquieta... No puede trabajar, coordinar sus ideas cuando el ambiente no es completa, absolutamente favorable, tranquilo, cuando no existe el aislamiento.

La desaparición de un agente especial del F.B.I de la categoría, audacia e inteligencia de Rudy Griscolm, suponía la presencia en el hotel, cerca de Chetterton, de personas acostumbradas al doble juego de la sonrisa y la muerte.

Y Chetterton, evidentemente, no era una de esas personas que son capaces de sonreír cuando saben que una sílaba en falso puede delatarlos, precipitarlos, tras la sonrisa, a la muerte.

Su ceño siempre fruncido, adusto, preocupado, le definía indiscutiblemente como un hombre de ideas precisas, claras, concretas... Un hombre que no podría jamás ocultar su preocupación cuando, como ocurría en su trabajo profesional, dos y dos no sumaban cuatro.

El yate estaba anclado en el varadero del hotel y todos los participantes de la excursión nocturna acudieron hacia él alegremente.

Entre el grupo, Wayne, siempre atento pese a sus continuas atenciones para con Eveline, destacó la presencia de algunas personas quizá por la misma presencia que habían mostrado cuando acudió él aquella tarde a la

piscina.

Estaban allí, entre otras personas, el hombre de inquebrantable atención a sus papeles, escribiendo siempre, y que, según informó Hyra a Eveline, se trataba de Alexander Burnham, un guionista de la «20th Century Fox».

Luego estaban el hombre de avanzada edad y su joven y bonita acompañante: Percy Stoddard, coronel de la U.S.A.F., retirado, y Ada Merritt, de profesión... acompañante de retirados con buena posición.

Y estaba también Hyra Hibben, hermosa de verdad, con un delicioso vestido de noche que dejaba al descubierto la brillante blancura de su piel en hombros, cuello, brazos, espalda...

Del mismo modo que notó la presencia de estos personajes, Wayne notó la ausencia de otros. En primer lugar, la de Owen Apperson, el hombre que, según Hyra Hibben, era su agente... enamorado de ella, según se desprendía de cierto comentario en el *swimming-bar*. ¿Por qué no estaba allí?

Luego, de las pocas personas que habían demostrado interés, relativo, ciertamente, por las habilidades natatorias de Wayne, faltaba también el hombre de los cabellos muy rojos y la mandíbula aguda, firme.

El otro que también había estado solo ante una mesa del *swimming-bar* sí acudió a la excursión, con aspecto de ingenuo, maravillado, feliz, gozoso...

Lo cual hizo fruncir el ceño a Wayne. De sobra sabía que los tipos de apariencia más despreocupada y estúpida suelen ser los mejores y más astutos espías.

También conocía sus nombres, siempre gracias a la charlatanería de Hyra Hibben en beneficio de Eveline.

El que faltaba, el hombre de los cabellos rojos, se llamaba —se hacía llamar—. Peter Insull. El otro, el que iba en el yate con aspecto de turista boquiabierto, era Ned Furness, tipo simpático, cordial, de trato abierto...

La voz de Hyra Hibben alertó a Wayne:

—¡Pero, señor Chetterton...! Creí que a usted le gustaba salir solo...

—No siempre, señorita Hibben. Para ver la luciérnaga gigante creo que será mejor hacerlo en compañía. Los comentarios suelen ser lo más interesante.

—Oh, comprendo... Y usted solo, naturalmente, no podría hacer comentarios.

Chetterton sonrió, mirando a Wayne y a Eveline.

—Podría hacerlos. Pero resultarían un tanto estúpidos en la soledad, ¿no le parece? ¿Qué se hizo de su agente, el simpático señor Apperson?

—¡Pobre...!

—¿Pobre?

—Bien... No parece muy prudente salir en yate después de una cena... un tanto indigesta. Quiere que me case con él... Imagínese, señor Chetterton: ¡un hombre que tiene débil el estómago!

—Cierto: el estómago de según qué tipo de profesionales, tiene que ser muy fuerte, señorita Hibben.

Hubo un instante de embarazoso silencio. Wayne desvió discretamente la cabeza para que no pudiesen ver su mordaz sonrisa.

De todos modos, no podía decirse que Rodney Chetterton fuese un tipo carente de ingenio un tanto cáustico.

El yate comenzó a moverse, apartándose del pequeño muelle. El canal, en efecto, estaba bordeado de sauces y flores.

Una inteligente disposición de luces rojas y azules producía una muy exótica sensación de mundo irreal, extraño.

El dinero, el «Glow-worm Malibú», las noches en Malibú Beach en general, siendo un auténtico millonario, debían ser deliciosas... Después de aquello, en el *night-club* del hotel, la fiesta podía continuar... para quienes así lo desearan. Fantástico, asombroso, electrizante... y carísimo.

Wayne y Eveline permanecían abrazados en la parte de popa de la embarcación. De cuando en cuando se miraban a los ojos y sonreían. Poco importaba que ella fuese rubia y que él fuese un tanto irónico y gruñón: el F.B.I. estaba trabajando.

El mar abierto.

El susurro de las aguas.

Mar adentro se veían las luces de varias lanchas; llegaban hasta el yate, envueltos en rumor de mar, los petardeos de los motores.

El mar estaba un poco agitado, y el cabeceo del yate era notable. Una señora de mediana edad tuvo que refugiarse en los brazos de su marido, que compuso un gesto de mártir.

Hyra Hibben se volvió hacia Wayne y Eveline.

—Es un paseo corto. Ahora daremos la vuelta a Cavern Rock y regresaremos. Entonces es cuando se verá bien la luciérnaga.

El yate era una blanca mancha en el mar. A propósito, se habían apagado todas las luces, excepto las rojas de situación. Resultaba ciertamente difícil distinguir los rostros a más de seis pies de distancia.

Dieron la vuelta por Cavern Rock, tomando un rumbo directo hacia el interior. Cuando pocos minutos después el yate dio la vuelta, una luz verde brilló en su proa.

Inmediatamente, las Cavern Rock se llenaron de luces que brotaban del interior de las oquedades roquizas, por debajo y por encima del agua. Un suspiro de admiración brotó de todas las gargantas.

Era un espectáculo fascinante, maravilloso; pero Wayne comenzó a impacientarse. Ni él ni Eveline habían ido al «Glow-worm Malibú» para ver aquello. Ciertamente hermoso, sin discusión, pero un agente del F.B.I. no podía...

—¿No es maravilloso? —preguntó Hyra Hibben.

—Lo es, en efecto —admitió amablemente Wayne.

—Contra lo que opina el señor Chetterton —dijo la Hibben—, yo creo

que debe ser un espectáculo mucho más maravilloso contemplado en soledad. En cierta soledad, se entiende. ¿Alquiló la lancha, señor Lorigan?

—Sí.

—¿Sabrá manejarla?

—En mi trabajo hay que saber esta y otras cosas más difíciles. Recuerdo que una vez, doblando a...

—Por favor, Wayne —cortó dulcemente Eveline—, no menciones ahora el trabajo.

Wayne sonrió ampliamente, mirando a Hyra Hibben.

—Ya ve...

—¡Oh! lo comprendo. De todos modos, si han alquilado la lancha, creo que harían bien en venir aquí mañana... solos.

Wayne contuvo un parpadeo de alerta.

—Lo haremos, seguramente. ¿Qué dices tú, Eve?

—Si a ti te gusta...

Las Cavern Rock habían quedado ya un poco atrás. De pronto, absolutamente todas las luces del yate se apagaron. La oscuridad fue absoluta.

—¡La luciérnaga! —gritó alguien.

Cierto.

Por encima del «Glow-worm Malibú» se había encendido la luciérnaga de tubos de neón. El resto del hotel estaba completamente a oscuras.

La deducción lógica era que había sido cortada la corriente en el hotel y que solo funcionaba la generatriz de la luciérnaga. Se mostraba en un auténtico tono blanco-verdoso, grande, enorme, gigantesca...

Movía las alas, despidiendo verdiblancuzcos reflejos. El nombre del hotel quedaba plenamente justificado. La gran luciérnaga, por sí sola, proporcionaba suficiente iluminación para guiar cualquier embarcación hacia la costa.

El parpadeo rapidísimo de su luz blanco-verdosa era de una nitidez sorprendente. La luciérnaga debía medir por lo menos treinta pies de largo.

—¡Aaaah...!

Wayne Lorigan respingó fuertemente. El grito de miedo, de terror incontenible, había sonado, desgarrado, muy cerca de él y de Eveline.

Un chapoteo reveló a todos lo ocurrido: alguien había caído al agua. Un rumor de inquietud, de preguntas, de exclamaciones, recorrió el yate de proa a popa.

Nadie parecía saber qué hacer. Las aguas se habían cerrado sobre la persona que había caído al agua.

—Wayne —susurró Eveline—, ha sido Hyra Hibben.

Lorigan no perdió un segundo. Se quitó rápidamente la blanca chaqueta y los zapatos, a tirones, y se alzó sobre la borda, muy alto, a fin de conseguir la máxima profundidad tras la caída.

Las luces del yate se habían encendido inmediatamente y por un

instante se vio a Wayne en el aire, en perfecto salto. Cuando él desapareció bajo el agua, el yate comenzaba a detenerse.

Wayne abrió los ojos bajo el agua. La oscuridad era pavorosa, sobrecogedora. No era una posibilidad descabellada la presencia de un tiburón.

Empero, su salto había sido bien calculado, por encima de las burbujas que señalaban el descenso hacia el fondo de Hyra Hibben.

Las manos del agente especial, crispadas, tocaron un cuerpo, una carne. Unas manos con fuerza centuplicada se clavaron en sus brazos, las uñas se hincaron profundamente en la carne...

Unas grandes burbujas, brillantes por la luz que desde el yate enviaban al mar, ascendían lentamente por un instante, tomando luego una velocidad asombrosa.

La misma luz permitió a Wayne ver a Hyra Hibben. Tenía los ojos muy abiertos y la boca se cerraba y abría convulsivamente, como la de una rana en su croar. Era una visión estremecedora, alucinante.

Wayne comprendió que Hyra Hibben comenzaba a tragar agua al notar la presencia de las burbujas en su boca. Las había también en la nariz. Era el último aliento, la última presencia de aire en los pulmones de la pelirroja.

Por debajo la negrura era absoluta, total, ávida.

Wayne notó la presión en sus pulmones. Sentía la necesidad de abrir la boca, de respirar profundamente.

Las manos de Hyra Hibben continuaban ejerciendo una presión desgarradora en su carne, los dedos se crispaban dolorosamente.

El agente del F.B.I. adelantó una mano hacia el cuello de la mujer. Sus fuertes dedos rodearon la garganta, la palparon rápidamente, angustiosamente.

Luego ejercieron una brusca y dura presión. Al instante, las manos de Hyra Hibben se aflojaron, el cuerpo quedó inerte, como una masa muerta condenada al fondo de la bahía de Malibú.

Wayne tuvo que hundirse casi cuatro pies más. La presión era terrible en los oídos, en el pecho; notaba tirante la carne del rostro. Podía soportarlo.

Era un juego para él en circunstancias normales, cuando se lanzaba hacia el fondo tras una profunda inspiración. Pero se había tirado al mar en pos de la Hibben casi sin pensarlo, con el aire justísimo, normal, en sus pulmones.

Su brazo izquierdo rodeó el tórax de la pelirroja, por los sobacos. Hubo un instante de suspensión: ni subían ni bajaban.

Casi enseguida comenzó la ascensión. Las piernas y el brazo libre de Wayne se movían con habilidad, pese al desespero de sus pulmones.

Cuando salió a la superficie ya se había visto obligado a tragar no menos de media docena de bocanadas de agua salada, faltos sus pulmones de la más insignificante presencia de aire.

—¡Ahí están! ¡La ha sacado!

Wayne oyó el chapoteo, junto a él, de dos cuerpos. Unas manos pasaron hacia sus sobacos. Medio aturdido, mientras le remolcaban hacia el yate, vio a Hyra Hibben que era remolcada también hacia el yate.

—¡Wayne... Wayne!

La luz del foco del yate daba de lado en el rostro de Eveline. Lo vio crispado y, quizá por efecto de la luz, terriblemente pálido.

—Está bien, bombonazo —pensó—. Debo reconocer que el jefe supo elegirte. Eres una maldita comediente, y rubia, además.

La Hibben y él fueron alzados a bordo. La agitación lógica en tal suceso reinaba a su alrededor. Wayne vio a Chetterton a su lado, empapado, jadeante, mirándolo fijamente.

—¿Se... se encuentra bien... Lorigan?

—Creo que sí, señor... Chetterton... ¿Me ha ayudado usted?

Rodney Chetterton aspiró profundamente.

—Según parece, aparte de usted, soy el mejor... el mejor nadador del yate.

—Usted, para mí, es el... el mejor del mundo.

—Será mejor que no hables, Wayne.

Lorigan desvió la mirada. Allí estaba Eveline, mirándole con expresión asustada y, sí, muy pálida.

—¿La señorita Hibben?

—Está a salvo. El señor Burnham la sacó del agua.

—¿Burnham?

—Sí. El guionista de la «Fox». ¡Oh, Wayne!

Eveline se volcó sobre él, mojando su bonito vestido de noche. Los labios de la muchacha se posaron sobre los de Wayne Lorigan, ansiosamente. Buen trabajo.

Cuando Eveline se apartó, Wayne pudo ver a Chetterton todavía a su lado. Un poco más allá, Alexander Burnham, el guionista de la «Fox», movía rítmicamente los brazos de Hyra Hibben, demostrando amplios conocimientos sobre la respiración artificial para aquellos casos.

Los componentes de la expedición, de la excursión nocturna en yate, los rodeaban a todos, más tranquilos, al parecer. A lo lejos, la luz de la luciérnaga que daba nombre al «Glow-worm Malibú Hotel» continuaba reflejándose cerca de ellos, en el mar.

Wayne se recuperó rápidamente. Para él, aquello no había significado gran cosa, aparte de la pérdida momentánea de facultades, lógica en aquellas circunstancias.

Se acercó a donde Alexander Burnham proseguía efectuando la respiración artificial a la desvanecida Hyra Hibben.

Punto extraño: si Hyra Hibben se había acercado aquella tarde en traje de baño a la piscina, debía suponerse que sabía nadar.

¿Qué cabía pensar de aquella caída que pudo haberle causado la muerte

por ahogo de no haber saltado él tan rápidamente detrás de ella?

Las manos de Hyra se clavaron en su carne, sí; pero cabía pensar que el agua la ayudó a recuperar en parte la consciencia tras el aturdidor golpe que probablemente había recibido... y el empujón.

—Será mejor que descanse, señor Burnham. Yo seguiré.

El yate se había lanzado a toda velocidad hacia la entrada del varadero. La excursión, pese a haberse visto las luces de Cavern Rock y la blanderosa luz de la luciérnaga suspendida en neón sobre el hotel, se había malogrado considerablemente.

Alexander Burnham se apartó. Quedó sentado sobre cubierta, de espaldas a la borda, respirando lenta, contenidamente.

Wayne llegó a la muy rápida y certera conclusión de que el guionista de la «Fox», al igual que él y Chetterton, era un magnífico nadador y que conocía muchas cosas de aquella actividad.

Pasó una mano bajo la nuca de Hyra Hibben y atrajo la cabeza hacia sí. Cierio. Sus dedos, ágiles, notaron bajo los rojos cabellos la hendidura de la piel, el corte. Enseguida, como si no hubiese reparado en nada, movió un par de veces la cabeza de la pelirroja hacia delante. Luego reanudó los movimientos de los brazos.

Eveline estaba a su lado, mirándolo fijamente. La muchacha estaba haciendo su papel a la perfección.

Wayne miró a su alrededor disimuladamente mientras proseguía proporcionando a la Hibben la respiración artificial. Todo el mundo le miraba.

Pero el interés resultaba mucho más evidente en las miradas de Rodney Chetterton, del guionista Alexander Burnham, del hombre llamado Ned Furness, que ocupaba en solitario una mesa en el *swimming-bar* aquella tarde, y del coronel de la U.S.A.F. retirado, Percy Stoddard.

La jovencita que le acompañaba, siempre bien pegada con el busto en su brazo, mostraba una inexpresiva sonrisa que lo mismo podía ser aburrimiento, hastío, o una perfecta simulación de un profundo interés por lo que estaba sucediendo.

Cuando llegaron al muelle del varadero, el llamado Ned Furness, tipo fuerte, se ofreció a llevar a Hyra Hibben a sus habitaciones, que tenían el número 528.

Luego envió a buscar a Owen Apperson a las habitaciones contiguas, número 526.

El médico del hotel ya estaba inclinado sobre Hyra Hibben cuando el conserje, mostrando todavía la llave que se había visto obligado a usar para entrar en la 526, decía:

—El señor Apperson no está en sus habitaciones.

El médico del hotel se encogió de hombros. Apperson, realmente, no hacía ninguna falta allí. Ni Apperson ni nadie, excepto el doctor, que gruñó:

—Señores, tengan la amabilidad de salir. No ha sido nada. Les sugiero que vayan a ver las atracciones y a beber unos *whiskies*.

Eveline tiró de una manga a Wayne.

—¿Bajamos, Wayne?

—¿Así, empapado? No. Diremos que voy a cambiarme. Y creo que nadie se extrañará si en plena luna de miel no demostramos gran interés por unas atracciones y unos *whiskies*, o «California Show», o lo que sea. Si nos echan de menos, Eve, todo lo que harán será sonreír burlonamente, con picardía...

—Pensarán...

—Pensarán «etcétera». Lo cual, bombonazo, es lo lógico y lo que nos interesa a nosotros. Vamos a nuestras habitaciones. Las tenemos casi delante de las de Hyra Hibben y Apperson. Curioso...

CAPÍTULO IV

V

AMOS a ver si lo has aprendido, Eve —musitó Wayne—: hemos llegado a nuestras habitaciones, yo me he duchado y cambiado de ropa. Estaba tan nervioso que no podía acostarme ni nada. Me he vestido y he salido a dar una vuelta por el *swimming-bar*, varadero, jardines... Te he dicho que volvería pronto, que me perdonases, pero que no me sentía bien, que estaba desquiciado, que una cosa es doblar a los «astros» en escenas que, realmente, no encierran ningún peligro, y otra cosa es jugarse la vida de verdad.

—Sí, Wayne.

—Y que los dos hemos convenido en que lo mejor era que me diese un paseo mientras tú te bañabas y... cambiabas.

Eveline se sonrojó.

—Sí, Wayne. Pero...

—¡No te sofoques! Dormiré en el sofá, naturalmente. Y espero que mi proximidad no te impida dormir. Soy un chico formal.

Eveline Robbins captó la ironía. Muy merecida, ciertamente, ya que Wayne no parecía ser el hombre más indicado en aquellos momentos para preocuparse o dedicarse a ciertas cosas.

Toda su atención, su inteligencia, su futura actividad, estaba encaminada hacia otros fines.

—¿Debo esperarte despierta?

—¡Naturalmente! Eres la novia que espera al novio. Un novio que ha ido simplemente a calmar sus nervios, a respirar un poco de aire por los jardines, varadero...

—Y *swimming-bar*, de acuerdo. Si alguien viniese, diría eso.

—Entonces, hasta luego, Eveline, bombonazo.

Wayne no esperó a ver qué efecto causaba en Eveline su última palabra. Salió de las habitaciones 578, que ocupaban, y descendió al cuarto piso, caminando rápidamente hacia la puerta 427, perteneciente al desaparecido Rudy Griscolm.

En aquellos momentos, Wayne vestía pantalones y zapatos oscuros, y una camisa cerrada de dibujos tropicales, pero también en oscuro: ocre, marrón, rojo intenso...

Como las veces anteriores, no le costó ningún esfuerzo especial entrar en las habitaciones del desaparecido Griscolm.

Cerró cuidadosamente la puerta tras él y se dirigió hacia el ventanal. Graduó al máximo las persianas, y desde lo alto la lívida luz de la gran luciérnaga luminosa iluminó lo suficiente el conjunto de habitaciones que

formaban la 427.

Era una luz un tanto parpadeante, fantasmagórica... pero suficiente para no necesitar luz del apartamento.

Se dirigió hacia la mesita del teléfono con todos los nervios tensos, preparados...

Se detuvo.

En su mano derecha apareció inmediatamente la pistola.

Sus pies habían chocado contra algo... Algo blando, sin sonidos, algo que estaba en el suelo, cerca de la mesita...

Se arrodilló junto a aquel «algo». Era un hombre. Yacía de lado, con la cabeza muy torcida. Su brazo derecho estaba completamente extendido hacia la mesita del teléfono...

Y junto a la mano, el paquete de cigarrillos, que debía haber contenido el pequeño magnetófono, aparecía vacío, como aplastado. Cerca del paquete estaba el magnetófono suelto.

La cinta grabadora había llegado a su final, y cuando Wayne se inclinó más, oyó el débil, casi inaudible zumbido del aparato puesto en marcha, frenado por el final de la cinta. Lo paró. Luego lo colocó sobre la mesita y dio la marcha inversa para recoger la cinta sin borrar lo grabado.

Mientras esto sucedía se dirigió al ventanal y, procurando no hacer ruido, subió completamente la persiana graduable.

Entonces regresó junto al cuerpo yacente. Todavía un poco deslumbrado por la luz de la gigantesca luciérnaga de neón, palpó la carótida del hombre: estaba muerto. La mancha, muy oscura, de sangre, brilló trágicamente, como si se tratase de un truco teatral, sobre el pecho del hombre, justo en el lugar del corazón. Wayne casi se tiró al suelo para ver al hombre sin tocarlo más de lo imprescindible.

La cara del cadáver quedó a menos de un pie de sus ojos... Y soltó un respingo. Quedó inmóvil.

—Dios...

Aquel hombre era Owen Apperson, el agente de Hyra Hibben. Wayne notó una gran sequedad en la boca. Todo su intelecto comenzó a funcionar intensamente... No comprendía aquello... ¿Qué hacía allí Owen Apperson, el hombre que no acudió a la excursión nocturna en el yate, mar adentro, alegando indisposición? ¿Qué ocurría con él y, lógicamente, por consiguiente, con Hyra Hibben?

—El magnetófono... Apperson lo descubrió... Debió grabar algo, supongo...

Recogió el pequeño aparato, que había llegado a su extremo inicial y zumbaba de nuevo. Lo puso en marcha efectiva:

—Rudy, promoción del cincuenta y ocho, número seis, encadenado a ti, habitación uno más, seis más, uno más. Déjame los cigarrillos donde los encuentres.

Wayne contuvo el aliento. Aquella era su grabación. Parecía obvio que

Owen Apperson la había descubierto, escuchando...

El aparato, casi sobresaltando a Wayne, y tras un breve silencio, emitió, también en latín:

—A-atención... número seis del... del cincuenta y... ocho... Ha-habla... número doce del... del cincuenta y siete... encadenado a... a vosotros... habitación índice Rudy... con uno más, igual, uno... uno menos... Hombre llamado... llamado... P-pe-ter Insull... ha disparado... contra mí... Pelirrojo, fuerte... hospedado hotel... co-cola... colabora con Chetter... Chetterton... Lu-luna de... de miel con Hyra... destrozada... Cuidad de ella... pronto... No p-puedo... se... seguir... seg...

El magnetófono solo produjo ya el sonido de cinta vacía, girando casi silenciosamente.

Wayne Lorigan notó como un estremecimiento gélido en todo el cuerpo. ¿Estaba loco?

—Supongo... supongo que no...

Paró el magnetófono y lo guardó en un bolsillo del pantalón. En el otro, enorme, tenía la pistola.

Cuando pasase delante de alguna persona, sería conveniente que la pusiese bajo el sobaco, sujetándola con el brazo...

¿Qué ocurría allí? La evidencia era clarísima.

De acuerdo a lo oído en el magnetófono, Owen Apperson era un agente del F.B.I., que había obtenido el número doce en su promoción del cincuenta y siete.

Conocía la clave, como lo demostraba al dirigirse a él, a Wayne Lorigan, aceptando su denominación de número seis de su promoción del cincuenta y ocho. Sabía la clave para designar las habitaciones, y de acuerdo a ella, había dado, en efecto, el número 526, lugar donde se había ido a buscar a Owen Apperson y no se le había hallado.

Había señalado a Peter Insull, el pelirrojo que Wayne viera solitario en una mesa del *swimming-bar*, el que desapareció mientras él hablaba con Hyra Hibben y Chetterton respecto a la posibilidad de ir a pescar con este último, el que no fue a la excursión marítima nocturna, como el hombre que había disparado contra él.

Aludía a una luna de miel con Hyra Hibben que había sido destrozada... Y pedía que cuidasen a Hyra. Luego, no pudo seguir hablando.

Luna de miel, Hyra Hibben y Owen Apperson. Conocimiento, por parte de Apperson, de la clave comunicadora en la operación Malibú.

¿Acaso era necesaria alguna explicación más?

Estaba clarísimo: el inspector Horton Barrow no había enviado en viaje de luna de miel solamente a él y a Eveline, sino a la mujer llamada Hyra y a Owen Apperson.

A ella quisieron matarla en la excursión nocturna en el yate, golpeándola en la cabeza y arrojándola al mar durante el momento de completa oscuridad.

A Owen Apperson habían conseguido matarlo.

El inspector Barrow, como siempre, manejaba a sus hombres a su antojo, y, dada la importancia del caso, había recurrido, de momento, a cinco. Y a dos mujeres. Los hombres eran: Rudy Griscolm, desaparecido; Owen Apperson, muerto; John Dowling y Charley Hilles, en vigilancia lejana, perspectiva, del «Glow-worm Malibú» Hotel» y sus moradores sospechosos.

Y él, Wayne Lorigan, vivo... y metido de lleno en el asunto. Las mujeres eran: Eveline Robbins, viva y encerrada en su habitación; Hyra Hibben, ¿descansando en sus habitaciones...?

Aunque fuese así, Owen Apperson había pedido que cuidasen de ella...

Desde luego, Owen y Hyra no se habían presentado en Malibú Beach como recién casados, sino como agente y estrella, unidos únicamente por intereses económicos un tanto problemáticos.

No era nada nuevo que muchachas bonitas e inteligentes acudieran con sus agentes a lugares como el «Glow-worm Malibú Hotel» o parecidos, con intención de «hacerse ver», de que alguien las «descubriese»...

Pero... entonces... ¿por qué había grabado Owen Apperson que su luna de miel con Hyra había sido destrozada?

—Compañero: creo que por ti no puedo hacer nada, de modo que iré a ver si Hyra continúa bien... Mala suerte, Owen. Llegasteis antes que nosotros al «Glow-worm Malibú» y, por lo menos tú, te has marchado antes. Quizá os han descubierto, han adivinado quiénes sois, de modo que voy junto a Hyra... A la cual debemos agradecerle Eveline y yo el discreto modo que tuvo de informarnos respecto a personas que supongo llamaron vuestra atención. Vosotros, claro, sabíais quiénes éramos Eve y yo. Me pregunto por qué el jefe no nos advirtió a nosotros de vuestra presencia y personalidad.

Se separó del cadáver de su hasta entonces desconocido compañero, dirigiéndose hacia la ventana. La luz blanco-verdosa continuaba parpadeando por encima. Abajo, en el «Glow-worm Club», la gente estaría divirtiéndose, riendo, bebiendo...

Cerró casi completamente las persianas. Ya no necesitaba la luz para nada.

Luego caminó hacia la salida de la habitación 427, la cual llevaba un balance no poco sobrecogedor: un muerto visible... y un hombre cuyo paradero era desconocido incluso para el propio F.B.I.

Wayne abrió la puerta lentamente, con cuidado. Asomó la cabeza con visos de naturalidad y miró a ambos lados del amplísimo pasillo.

Nadie.

Salió, cerró la puerta y se dirigió al piso inmediatamente superior.

Y...

No.

No pudo ver, al fondo del pasillo, que la puerta encristalada del

montacargas se abría y que un hombre, tensas las facciones, salía del montacargas de servicio rápidamente, llevando ante él una especie de carretilla baja con dos ruedas de goma. Y en la carretilla una gran cesta de mimbre pintada de blanco. Sobre el blanco, unas letras: «Glow-worm Malibú Hotel-Laundry», en verde.

El servicio de lavandería del hotel entraba en funciones, ya que aquella hora era la más apropiada para que los alojados en el hotel estuviesen pasándolo en grande en el *night-club* propio.

El servicio de lavandería no molestaba jamás a nadie. Por las mañanas, las mujeres de la higiene cambiaban todas las sábanas y lo limpiaban todo. Luego, tanto lo recogido en las habitaciones como las sábanas y toallas, era llevado a un cuarto de dimensiones nada despreciables, situado al fondo del pasillo, y cuya puerta permanecía siempre cerrada.

Finalmente, por la noche, unos empleados del hotel, blanca chaquetilla, verdes pantalones, aparecían por el montacargas que quedaba disimulado también al fondo del pasillo.

Esos empleados, en carretillas y blancas cestas, recogían todo lo que debía ser lavado, higienizado, desinfectado, y lo llevaban a los sótanos.

Desde allí a las calderas de la lavandería del hotel, que lanzaban sus humos espesos hacia el aire libre, no menos de doscientas cincuenta yardas más allá, y siempre por la noche, en una hora y condiciones tales que los alojados en el hotel ni siquiera podían llegar a pensar jamás lo que ocurría cerca de ellos.

Como en todos los hoteles de lujo, el lema del «Glow-worm Malibú» era inflexible: comodidad y lujo para quien paga.

El empleado que llevaba la carretilla de ruedas de goma, silenciosas, no se dirigió hacia el cuarto donde se suponía debía recoger el material utilizado durante aquel día.

Se dirigió rápidamente hacia las habitaciones en cuya puerta se leía el número 427. Sacó una llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura, empujó la carretilla hacia el interior de aquellas habitaciones...

Pocos segundos después el pasillo quedaba solitario, silencioso.

Abajo, en el *night-club* del hotel, la juerga continuaba. Los que estaban vivos, vivían...

Los muertos...

* * *

El empleado del hotel suspiró profundamente cuando la puerta de las habitaciones correspondientes al número 427 se cerró tras él.

Se dirigió sin vacilaciones hacia el cadáver de Owen Apperson. Como en los viejos tiempos del duro Oeste, una punta de su zapato golpeó las costillas del cadáver. Fue una impresión dura, helada. ¿Cómo dudar que aquel hombre estaba muerto?

Entonces el empleado del hotel descolgó el teléfono. Escuchó un

instante la señal de libre en la centralita automática y luego marcó un número interior.

—¿Sí?

El empleado del hotel susurró:

—¿Eres tú, Insull?

—Sí... ¿Qué ocurre, Carter? ¿Desde dónde llamas?

—Desde la habitación cuatrocientos veintisiete. Oye: ese tipo que parece un coloso, el de la mandíbula de luchador, acaba de salir de aquí. Lo he visto desde la mirilla del montacargas.

—¿A quién te refieres?

—Se llama Wayne Lorigan. El que estuvo esta tarde hablando con Hyra Hibben. El tipo que nada mejor que nadie, el que sacó del agua a Hibben después de que Ned la golpeó y empujó.

Hubo un breve silencio.

—¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro! Estaba a punto de salir del montacargas de servicio cuando lo vi a él por el cristal de la puerta.

—¿Qué hizo?

—Se marchó... para arriba.

—¿Te vio?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Vaya, vaya, vaya... ¿De modo que el atlético amigo Wayne Lorigan también pertenece al F.B.I.?

—Es casi seguro. ¡Qué sorpresa! ¿Verdad?

—Una gran sorpresa... Con que un «extra» de la pantalla, ¿eh? Buena, la sorpresa de él va a ser peor que la nuestra... ¿Está ahí el cadáver del tal Owen Apperson?

—Sí. Lo tengo junto a mis pies.

—Pues llévatelo. Acaba tu trabajo, Carter.

—De acuerdo. ¿Subo luego a por la tal Hyra Hibben?

—Claro. Ned se está encargando de ella... Un momento, Carter.

—Bien...

Carter permaneció silencioso, con el auricular pegado a su oreja. Pudo oír la voz de Peter Insull:

—¿Qué diablos haces aquí, Ned?

Oyó la voz de Ned Furness:

—Si estoy aquí será por algo, ¿no?

—¿Acabaste ya tu trabajo?

—¡Qué diablos he de acabar...! Cuando estaba a punto de entrar en las habitaciones de Hyra Hibben ha llegado ese Wayne Lorigan, el de los pulmones de acero. Se ha metido en las habitaciones...

—Bien...

—No tan bien. ¿Sabes cómo lo ha hecho?

—No. ¿Cómo?

—Ha abierto la puerta con una ganzúa. A ese tío no lo para ni una puerta de acero. Es un fenómeno.

—Debe serlo... ¿Sabes con quién estaba hablando por teléfono, Ned? Con Carter.

—¿Se va a llevar el cadáver?

—Lo hará. Pero escucha esto: cuando estaba a punto de apearse del montacargas, ha visto salir a Wayne Lorigan de la habitación cuatrocientos veintisiete.

—¿Qué...? Pero, entonces, ese Lorigan sabe...

—Sabe mucho más de lo que nosotros podemos adivinar: es un agente del F.B.I.

—¡Maldito...!

—Cálmate. Su suerte está echada. No vamos a detenernos por un asesinato más o menos.

—Pero si Lorigan está con la Hibben...

—Se marchará... en un momento u otro. Entonces, tú matarás a Hyra Hibben, tal como estaba convenido.

—¿Y Lorigan?

—Lorigan y su mujer se las están dando de listos. También hay una palabra llamada muerte para ellos. Y ahora hablo para los dos —acercó más la boca al teléfono—: ¿Me estás oyendo, Carter?

—Sí. ¿Qué hay?

—Escuchad los dos: tú, Carter, recoge en la cesta del hotel el cadáver de Owen Apperson. Lo bajas adonde ya sabes. Mientras, Ned irá a matar a Hyra Hibben, aunque tenga que esperar a que se marche Lorigan. Pero mientras Lorigan esté con la Hibben, yo iré a hacerle una visita a la tal Eveline Robbins, la esposa de Lorigan. ¿Está claro? ¿Me habéis entendido los dos?

—Desde luego —replicó Carter por teléfono—. Pero si matas a la tal Eveline y dejas vivo y libre a Lorigan...

—Escucha, Carter: Ned Furness va a matar a Hyra Hibben. La matará en su propio lecho, porque si la Hibben apareciese por el vestíbulo llamaría la atención. De modo que la matará. Y una vez muerta, tú subirás a buscarla, igual que estás haciendo con Owen Apperson. ¿Está claro?

—Muy claro, Insull.

—Bien. Ahora hablemos de Eveline Lorigan o Robbins... Si la matamos en su propia habitación, tú tendrías que subir a buscarla también con la cesta. Demasiados viajes. Por tanto, solo recogeremos los cadáveres de Apperson, al cual maté yo, y de la Hibben, a la cual va a matar pronto Ned. ¿Vas entendiendo?

—Sí.

—Por tanto, mientras tú bajas el cadáver de Apperson en la cesta, y

Ned vigila las habitaciones de la Hibben, yo iré en busca de la tal Eveline Lorigan, esposa de Wayne Lorigan. Tú llevarás los cadáveres de la Hibben y de Apperson al sitio convenido. Yo bajaré con Eveline Lorigan viva, llevándola engañada al lugar donde tú y Ned me estaréis esperando. En ese lugar, tú y Ned os encargaréis de la tal Eveline, viva de momento, y de los cadáveres de la Hibben y de Apperson.

—Sí...

—Mientras, yo subiré de nuevo a la habitación de Lorigan, le esperaré allí y le mataré. Así como a la chica se la puede bajar con alguna amenaza, no creo que Lorigan sea el tipo capaz de dejarse impresionar por una pistola. De modo que lo mataré en sus propias habitaciones... y tú volverás a subir con la cesta. Cuando ya tengamos a los cuatro, resultará que solo estará viva la muchacha, esa Eveline... Entonces la mataremos también a ella... y nos llevaremos los cadáveres de los cuatro.

—Cuatro, y aquel Rudy Griscolm...

—Escucha esto, Carter: tú eres el enlace en el «Glow-worm Malibú Hotel». Por ti, la operación se está realizando en este lujoso lugar. No me digas ahora que estás arrugado.

—Nada de eso.

—De acuerdo. Ahora repítame las instrucciones que acabas de oírme. Ned va a poner su oreja cerca del auricular, de modo que todo cuanto digas lo va a oír él también. Luego, los dos me diréis si estáis de acuerdo y habéis comprendido.

—Bien... ¿Está ya Ned ahí?

—Lo está. Adelante, Carter.

—Allá va: meto el cadáver de Owen Apperson en la cesta de la lavandería del hotel. Lo llevo al sitio convenido. Mientras tanto, Ned Furness se coloca en un lugar desde el cual pueda ver salir al tal Wayne Lorigan de las habitaciones de Hyra Hibben. En cuanto Lorigan abandone esas habitaciones, Ned entrará en ellas, con la llave que yo, como empleado del hotel, le proporcionaré, y matará a Hyra Hibben. Durante ese tiempo, yo habré llevado el cadáver de Owen Apperson al lugar convenido. Hecho esto, subo a buscar el de Hyra Hibben, recién muerta por Ned Furness, y también la llevo al mismo lugar. Pero mientras Lorigan permanece junto a la Hibben, tú vas a subir a las habitaciones que los dos ocupan como un matrimonio en luna de miel, y como Eveline Lorigan debe estar sola, la engañarás, la harás bajar contigo y la llevarás adonde Ned Furness y yo, ya con los cadáveres de Owen Apperson y Hyra Hibben, estaremos esperando. Nos dejarás a la chica, que, de momento, mantendremos viva junto a los cadáveres de la Hibben y de Apperson. Entonces subirás a las habitaciones de Wayne Lorigan, le esperarás, le matarás. Yo subiré poco después de tener a la tal Eveline con nosotros, meteremos a Wayne Lorigan en la cesta de la lavandería... Y ya tendremos a los cuatro listos. Luego, a la lancha. ¿Está bien, Insull?

—Perfecto. ¿Lo has entendido tú también, Ned?

—Naturalmente. Y, para no perder tiempo, mientras Carter se lleva el cadáver de Owen Apperson y tú vas a hacerle una visita a Eveline Lorigan, la cual debe estar sola, ya que Lorigan está en estos momentos con Hyra Hibben, yo iré a espiar el momento de la salida de Wayne Lorigan de las habitaciones de Hyra Hibben para matarla. Inmediatamente, Carter, ya dejado el cadáver de Apperson en el lugar convenido, subirá a buscar el de la Hibben. Luego nos veremos los tres en la lancha.

—Perfecto —aprobó Peter Insull—. ¿De acuerdo, Carter?

—De acuerdo —contestó la voz del empleado del hotel por el auricular —: cada uno a lo nuestro.

—Carter.

—¿Sí?

—Nada de piedad. ¿Me comprendes?

—Sé lo que tengo que hacer. Adelante.

Clic.

Peter Insull también colgó el auricular. Ned Furness se le quedó mirando fijamente.

—Oye —musitó—, ¿y Chetterton? ¿No convendría avisarle?

—¡No! Dejemos en paz a Chetterton. Él no está acostumbrado a estas cosas. Está demasiado nervioso. Si le dijésemos lo que acabamos de descubrir, sería capaz de cualquier tontería... Y ya cometió una al ayudar a Lorigan a sacar a la Hibben del agua.

—Bueno... Yo creo que no fue tanta tontería. Yo golpeé a la Hibben con fuerza, y se hubiese hundido de no ser por la rápida reacción de ese Lorigan. Luego, una vez la Hibben en la superficie, yo creo que Chetterton fue muy inteligente al tirarse al agua para ayudar. Es una muestra muy aceptable de buena voluntad y honradez, y no nos fastidia en lo más mínimo, ya que, de todos modos, la Hibben, con golpe o no, había sido salvada por Lorigan.

—Lorigan, Lorigan, Lorigan... Un chico peligroso. Bien, Ned: tú ve a por la Hibben. Yo voy a por la esposa de Lorigan... Y luego, cuando este llegue a sus habitaciones...

—En mi opinión, Peter, esto se está complicando con demasiadas muertes...

—¡Bah! Nunca son demasiadas... Nosotros tenemos una misión que cumplir. Igual que esa gente del F.B.I. Van a ganar los mejores... Y eso es todo.

—Creo que deberíamos avisar a Chetterton.

—Te he dicho que no. Dejémoslo. Él sabe que mañana al amanecer debe entrevistarse con nuestro hombre en Cavern Rock. Lo demás es cuenta nuestra. Si le advirtiésemos del peligro que hay por el hotel solo conseguiríamos ponerle nervioso. Y eso no nos interesa. Dejemos en paz a Chetterton. Todo lo que tiene que hacer él es ir mañana al amanecer a

Cavern Rock. Dejémosle que lo haga, dejemos que sus nervios permanezcan en paz. Él irá a Cavern Rock y arreglará su parte del asunto. Nosotros haremos nuestro trabajo aquí... Y ahora, ve a matar a Hyra Hibben.

CAPÍTULO V

H

YRA Hibben abrió los ojos lentamente. Solo veía manchas por encima de ella. Empero, el contorno de aquel rostro no era el de Owen Apperson...

Dificultosamente metió la mano bajo el colchón. Estaba segura de que el hombre que se inclinaba sobre ella la veía a la perfección y se preguntó por qué no le impedía tomar el arma...

Pudo empuñarla, pero cuando se disponía a apuntar, una mano fuerte, suave, le quitó la pistola.

—Es mejor que se calme, Hyra: soy amigo. Un magnífico amigo... Quizá se convenza con tres letras solamente: F-B-I...

—¿Es... es usted... Lorigan...?

—Wayne Lorigan, Hyra, en efecto. ¿Cómo se siente?

—Mal... Noto el pecho comprimido y parece como... como si la garganta estuviese llena de fuego... ¿Hemos ganado ya, Lorigan?

—Todavía no... —musitó Wayne—. Pero ganaremos. ¿Me va viendo mejor?

—Sí... Le veo bien... —sonrió débilmente—. ¿Cómo está su esposa, mimado Lorigan?

—Bien. Así lo espero, al menos.

—¿Y mi esposo?

Los ojos de Hyra Hibben miraban ya con expresión de inteligencia, directamente. La lucidez había vuelto por completo. Una leve sonrisa temblaba en los labios de la bellísima pelirroja.

—¿Su... su esposo, Hyra...?

—Owen... Owen Apperson... ¿Dónde está Owen?

—¿Es Owen su esposo?

—Claro...

—Pero... Bien, no sé...

—Hay algunas cosas que usted no sabe, Wayne. Owen y yo fuimos enviados al «Glow-worm Malibú Hotel» al mismo tiempo que Rudy Griscolm. Griscolm desapareció, pero nosotros continuamos aquí. No me pregunte dónde está porque no hemos conseguido averiguarlo... Lo siento. Sé que Rudy era amigo personal de usted. Lo último que puedo decirle de él es que salió ayer noche, sábado, a registrar la lancha que Rodney Chetterton había alquilado. Luego ya no supimos nada más.

—¿Y nadie en el hotel, ni siquiera en conserjería, se ha interesado por él?

—A... a veces, un huésped del hotel se va un día o dos a pescar con una lancha...

—¿Rudy alquiló una lancha?

—Sí... No sabemos nada de él.

Wayne quedó pensativo. La cosa tomaba ahora un sentido más pleno de lógica: nadie se había interesado ni preocupado por Rudy Griscolm por aquello de que algunos huéspedes del hotel salían a pescar y a veces permanecían fuera más de un día. De este modo, el servicio del hotel arreglaba las habitaciones por la mañana y no se preocupaba de nada más...

—¿Salió a registrar la lancha de Chetterton?

—Sí.

—¿Y no sabe nada más?

—No.

—Bien... ¿Por qué no me explica algo, Hyra? ¿Puede hacerlo?

—Es demasiado sencillo, Wayne: el inspector Horton Barrow nos envió a Owen y a mí al «Glow-worm Malibú Hotel» ayer por la tarde, muy poco después de enviar a Rudy Griscolm. Owen y yo nos habíamos casado el viernes, y Barrow nos propuso pasar la luna de miel aquí, en este lujoso hotel... con la condición de realizar cierto trabajo de vigilancia e información. Aceptamos... Pero nos están... estropeando la luna de miel...

Wayne Lorigan notaba en su rostro el frío de la palidez.

—¿Usted y Owen... estaban en luna de miel?

—Sí...

—¿Y sabían que Eveline y yo vendríamos?

—El inspector Barrow nos advirtió de ello: Por eso yo procuré ponerles a usted y a Eveline al corriente de las personas que nos rodeaban...

—Lo hizo bien, Hyra.

—Y usted me salvó la vida...

—No tiene importancia.

—Wayne... No me encuentro muy bien... Busque a Owen. Él le dirá muchas más cosas... Quizá ahora ya sepa dónde está Rudy Griscolm. Owen le ayudará, Wayne. Ya ve... El jefe nos envió aquí a Owen y a mí aparentando no estar casados... y a usted y a Eveline aparentando estarlo... Es gracioso, ¿verdad?

—Muy gracioso, Hyra.

—Pero... pero Owen venía aquí, conmigo, por la noche... Supongo que no lo vio nadie...

Wayne se mordió los labios. ¿Nadie? Los habían visto, qué duda cabía. Y aquella falsedad de agente y estrella condujo a Owen Apperson a la muerte...

—¿Adónde fue Owen, Hyra?

—A registrar las habitaciones de Rodney Chetterton. Cuando los demás salimos hacia Cavern Rock, para ver sus luces y las de la luciérnaga de neón del hotel, Owen simuló no hallarse bien, pero era solo una treta para poder registrar cómodamente las habitaciones de Chetterton... No sé si lo habrá conseguido...

—No lo conseguí, Hyra.

—¿No... lo conseguí...?

—No, Hyra.

—No comprendo... Wayne, por favor, no comprendo...

Wayne Lorigan se sentía cada vez más pálido y frío. Estaba seguro de que su imagen, de haberse reflejado en un espejo, le habría mostrado a un hombre de rostro demudado, blanco, palidísimo...

El agente especial del F.B.I. sacó el magnetófono de su bolsillo y lo puso en marcha.

Primero se oyó su voz, dando instrucciones a Rudy Griscolm, inquiriendo noticias suyas, situándolo con respecto a la ayuda de que podía disponer en el hotel.

Luego se oyó la voz trémula, crispada, vacilante, de Owen Apperson:

—A-atención... número seis de... del cincuenta y... ocho... Ha-habla... número doce del... del cincuenta y siete... encadenado a... a vosotros... habitación índice Rudy... con uno más, igual, uno... uno menos... Hombre llamado... llamado... P-pe-ter Insull... ha disparado contra mí... Pelirrojo fuerte, hospedado hotel... co-cola... colabora con Chetter... Chetterton... Lu-luna de... de miel... con Hyra... destrozada... Cuidad de ella... pronto... No p-puedo... se... seguir... seg...

La cinta continuó girando sobre el pequeño carrete durante un par de minutos con un sonido casi inaudible, lento, apagado... Por fin, Hyra Hibben musitó temblorosamente:

—¿Ha muerto Owen...?

Wayne detuvo la marcha del magnetófono, recogió la cinta y volvió a guardarse el aparato. Todo ello en silencio.

Luego musitó:

—Sí, Hyra; Owen ha muerto. Lo encontré... muerto... en las habitaciones que Barrow me indicó ocupaba Rudy Griscolm... Supongo que alguien encontró a Owen cuando registraba las habitaciones de Rodney Chetterton esta noche. Lo mataron... y, como pensaban que nadie iría a las habitaciones de Rudy, lo llevaron allí... Sin embargo, Owen no debía haber muerto aún, pues cuando lo dejaron solo, en el suelo, pudo alcanzar el magnetófono que yo había dejado por si Rudy aparecía... y grabó lo... lo que ha oído... Hyra, ¿me está oyendo? ¿Me oye, Hyra?

Los labios de la hermosa pelirroja temblaron.

—Sí, Wayne... Le he oído...

—Lo siento... Si hubiese podido adivinar... Solo supe quiénes eran ustedes dos cuando oí la grabación de Owen...

—No... se sienta culpable, Wayne...

—Dios, yo quisiera...

—Owen ha muerto... Nos casamos el viernes... Fui su esposa solo una noche, Wayne... Anoche solamente... Quizá sea bastante... Ha sido una luna de miel muy... corta... A algunas personas no... no les sienta bien la... luna

de miel en Malibú.

El nudo que Wayne venía notando en la garganta se apretó más. Fue como la presión brutal de una mano inaplacable.

—Hyra...

Hyra Hibben ladeó la cabeza. Había estado mirando casi inexpresivamente hacia el techo. Pero al ladear la cabeza, sus verdes y maravillosos ojos se clavaron en los oscuros de Wayne Lorigan. Había en cada uno una enorme lágrima, grandísima, más brillante que los ojos verdes...

—Wayne, no se detenga por esto... Adelante... El F.B.I. no ha perdido... todavía la partida...

Wayne sintió deseos de lanzarse de cabeza contra la pared. No era un juego justo aquel. Morían los mejores hombres sórdidamente. Nada se sabía de su muerte. Tan solo desaparecían o morían... Aquella auténtica luna de miel entre Owen y Hyra...

—No sufra por Owen, Wayne... ni por mí... ¿Quiere... quiere hacerme un favor, Wayne...?

—Sí, Hyra. Pídame lo que quiera.

—Escuche: Chetterton espera algo... alguien... No les deje escapar... Atrápelos a todos, llévelos a la cámara de gas... o mátelos a balazos, Wayne... Wayne, ¿lo hará?

—Vengaré a Owen, Hyra.

—No... No se trata de eso, Wayne —las lágrimas rodaban silenciosamente, enormes, por las mejillas de Hyra Hibben hacia las orejas, de acuerdo a su postura en el lecho—. Solo se trata de que el F.B.I. no fracase. No... no importa quién muera...

Wayne tragó dificultosamente la saliva.

—El F.B.I. no fracasará, Hyra; lo prometo.

—Gra... cias...

La cabeza de Hyra Hibben se ladeó bruscamente. Estaba viva, pero no soportaba bien lo sucedido aquella noche.

Un golpe en la cabeza y la mucha agua tragada desesperadamente habían quebrantado la potencia física de la pelirroja.

Wayne le acaricio las mejillas.

—Lo siento, Hyra... ¡Lo siento de todo corazón!

Salió de la habitación 528 y se dirigió a la 578, que compartió en aquel servicio del F.B.I con Eveline Robbins... la rubia.

Entró en aquellas habitaciones y susurró:

—Eveline... ¡Eveline!

* * *

Hyra Hibben abrió levemente los ojos. Vio aquellas grandes manos ante su rostro. Unas manos de dedos largos, fuertes, crispados...

—No... no eres Owen...

Abrió los ojos. Ni siquiera sintió deseos de gritar cuando aquellos dedos de acero rodearon su garganta. Esbozó una extraña sonrisa.

—Owen...

Su voz fue como un quejido lejano, dulce... Las manos apretaron implacablemente la garganta...

Un minuto después, Ned Furness las apartaba del blanco y delicado cuello. Había unas gotas de sudor en la frente del asesino... Y una atónita expresión en los fríos ojos.

Verdaderamente a las mujeres no podía entenderlas nadie... Ni siquiera a la hora de ser asesinadas...

CAPÍTULO VI

N

O estás aquí, Eveline?

Wayne sabía que era una pregunta inútil. Si Eveline hubiese estado allí, ya le habría contestado. Ya habría aparecido ante él, con aquella maravillosa luz en sus ojos, aquellos horribles cabellos rubios cortos y ondulados... Le habría mirado un poco tímidamente y habría dicho: «Aquí estoy, Wayne; no ha pasado nada...».

—¡Eveline!

El silencio llevó una infinita angustia al ánimo de Wayne Lorigan.

Todo el lujoso apartamento permanecía a oscuras, excepto el amplio *living-hall*.

No.

Eveline no estaba allí. De haber estado, y no siendo visible en el *living-hall*, habría mantenido encendida la luz de la habitación en que estuviese... Miró esperanzado hacia la mesita en la cual estaba el teléfono. El pequeño magnetófono no estaba allí...

Wayne Lorigan apretó las mandíbulas. Se sentía helado, casi paralizado... Si Eveline se hubiese marchado por su propia voluntad, el magnetófono de ella estaría allí, pues él ya le había dicho que lo había escondido bajo uno de los almohadones del sofá.

Si Eveline había salido por algo ineludible, relacionado con la misión de aquella fatídica luna de miel en Malibú, el magnetófono estaría sobre la mesita, dispuesto a emitir su mensaje.

Wayne Lorigan se sentía morir. Pero ¿por qué? Al fin y al cabo, era una rubia. La pelirroja de su sueño de aquella mañana no podía desaparecer. Posiblemente volvería aquella noche a bailar con él... Estaría a su lado.

Pero, mientras tanto, había otra pelirroja que se había quedado viuda... ¿Acaso la única?

Si Eveline no estaba allí, ello podía significar que también iba a morir.

¿Dónde estaba? ¿Dónde se había metido aquella maldita rubia que trabajaba tan bien en favor del F.B.I., incluso besando a un tipo tan huraño como él... cuando el Servicio, su verosimilitud, así lo exigía...?

Instintivamente, Wayne sacó su pistola del bolsillo. Las puertas de las distintas habitaciones del apartamento 578 se le ofrecían cerradas, ominosas.

Se pasó la lengua por los labios. Ni una simple raya de luz por debajo de ninguna de las puertas. Nada. Y Wayne estaba seguro de que si Eveline hubiese estado allí ya estaría ante él...

Tampoco estaba el magnetófono, metido en el paquete de cigarrillos...

¿Dónde...?

Wayne se dirigió hacia la mesita del teléfono y pasó la mano por debajo. Nada. Levantó los almohadones del sofá. Quizá Eveline ni siquiera había tenido tiempo de utilizar el magnetófono... Pero sí debió usarlo, porque no estaba en el sofá...

Wayne Lorigan estuvo a punto de respingar cuando vio un cigarrillo en el suelo. Se arrodilló y lo recogió.

—Dios bendito... Eveline no es tonta, precisamente...

No.

No lo era.

Wayne vio el magnetófono cuando se dejó caer completamente en el suelo. Estaba debajo del sofá. Lo recogió.

Como poco antes el que él dejara en las habitaciones de Rudy Griscolm, el pequeño magnetófono emitía un debilísimo zumbido. Estaba en marcha, pero la cinta había llegado a su final...

Wayne manipuló en el pequeño aparato, hasta dejarlo en disposición de emitir sus secretos...

—Wayne —era la voz de Eveline, un tanto crispada—, alguien está intentando abrir la puerta... Dejo el magnetófono debajo del sofá... Espero... ¿Quién es usted?

—Estese quieta, señora Lorigan.

—¡Oiga...!

—¡Cállese! —Wayne oyó claramente el ruido de la puerta al cerrarse—. Va a venir conmigo, señora Lorigan.

—No iré...

—Escuche esto: sabemos quiénes son usted y su marido... si es que realmente lo es...

—Usted... es Peter Insull... ¿Por qué me amenaza con esa pistola?

—Señora Lorigan: créame si le digo que lo mejor que puede hacer por usted misma y por Wayne Lorigan es venir pacíficamente conmigo. No proteste, no diga nada. La pistola lleva silenciador. Ya he matado esta noche a un hombre llamado Owen Apperson. ¿Y sabe por qué? Porque aprovechando que Rodney Chetterton salió hacia el mar abierto, el tal Apperson quiso registrar sus habitaciones. Yo estaba allí vigilando. Y tuve que matarlo. Luego, lo llevé a las habitaciones de Rudy Griscolm, pues sé que nadie irá allí antes de que a nosotros nos convenga.

—¿Quiénes son... ustedes? ¿Qué...? ¿Dónde está Rudy Griscolm?

—Usted se reunirá pronto con Griscolm, señora Lorigan. De modo que mis respuestas son innecesarias.

—No... no sé...

—Le advierto que no tengo mucho tiempo para perder, señora Lorigan. Sé que usted y Wayne Lorigan pertenecen al F.B.I., igual que Rudy Griscolm, Owen Apperson, Hyra Hibben...

—¿Qué... qué va a hacer...?

—Lo que usted prefiera, señora Lorigan. Si se porta sensatamente bajaremos juntos hacia el varadero. Si prefiere portarse a lo estúpido, la mataré. Luego, en una cesta de la lavandería del hotel iría a parar, de todos modos, al varadero. ¿Ha comprendido?

—¿Van a matarme?

—De momento, no. Le aseguro que es mejor que venga con nosotros... conmigo, de momento.

—¿Van a matarme? —insistió Eveline.

—Depende de usted, digo.

—¿Y Wayne? ¿Dónde está Wayne?

—Su marido está ahora hablando con Hyra Hibben. Es una lástima que no se haya apresurado a volver junto a usted. Cuando llegue ya no la encontrará. Y cuando salga de las habitaciones de la Hibben, mi compañero Ned Furness la matará. Todos, uno a uno, van a ir saliendo del hotel en la cesta de la lavandería, la cual circula a estas horas en que todos están en el *night-club*. Una hora conveniente, ya que no molesta a nadie, no hace ruido...

—¿Es así como salió Rodney Chetterton el viernes por la noche para ir a matar a Ashley Goldfarb?

Wayne tuvo la impresión de que el corazón se le encogía mortalmente. Era una rubia, desde luego, pero su presencia de ánimo resultaba maravillosa. Estaba amenazada de muerte, y todo cuanto hacía era encaminar sus esfuerzos y su habilidad de conversación para dejar los máximos datos posibles grabados en el pequeño magnetófono...

—¡Pero qué lista es usted, señora Lorigan...! Efectivamente, Rodney Chetterton llegó al hotel, se inscribió en las habitaciones que ya tenía reservadas... y luego fue sacado del hotel en la cesta de la lavandería... Y, claro, regresó a su habitación por el mismo conducto. Una coartada perfecta... creíamos. No ha debido ser tan perfecta cuando este hotel está lleno de gente del F.B.I. Sin embargo, ustedes disponen de muy poco tiempo, señora Lorigan, porque mañana al amanecer... Basta de charla. Venga para aquí.

—¿Va a llevarme al varadero, señor Insull?

—En efecto, señora Lorigan. Camine hacia la puerta.

—¿Han matado a Wayne?

—Todavía no. Pero él vendrá aquí y entonces, como yo ya habré vuelto del varadero...

—¿Lo matará?

—A él, señora Lorigan. Tenemos la impresión de que el muy apuesto Wayne Lorigan es un tipo peligroso... Bueno, perteneciendo al F.B.I., eso no debería extrañarnos, ¿no le parece?

—Wayne los encontrará a ustedes; los matará...

—De momento, señora Lorigan...

—¡Oh, se me ha caído un cigarrillo aquí, junto al sofá...! ¿No podría

recogerlo?

—Camine hacia aquí, señora Lorigan. Y escuche bien esto: de usted depende la duración de su vida.

—Iré con usted, señor Insull... pero sepa que Wayne sabrá encontrarlos en el varadero...

—Eso será si yo le dejo, señora Lorigan. No olvide que voy a esperarle aquí con esta misma pistola con silenciador...

El magnetófono continuó emitiendo las voces de Peter Insull y Eveline Robbins, pero Wayne ya se había extendido en el suelo, junto al sofá...

La voz de Peter Insull, que no procedía esta vez del magnetófono, gruñó:

—Tiene usted una compañera muy lista, Lorigan. ¡Salga de ahí! ¡Vamos, salga!

Wayne había oído el ligerísimo ruido de una de las puertas del apartamento al abrirse. De modo que comprendió que, en efecto, Peter Insull le había estado esperando allí tras llevar a Eveline al varadero.

Y si no había disparado antes con la pistola con silenciador acoplado que poseía, debíase, sin duda, a la curiosidad que creó en él la habilidad de Eveline. Pero llegado a aquel punto...

Todavía estaba Peter Insull, el pelirrojo, dudando de que Wayne fuese a rendirse tan fácilmente, cuando el agente del F.B.I. había saltado ya hacia el interruptor de la luz, dándole la vuelta.

Un balazo rebotó con agudo chasquido contra la pared, muy cerca de su mano.

La voz de Eveline continuaba oyéndose en el magnetófono:

—¿Y lo matará y lo dejará en la cesta de la lavandería, igual que a Owen Apperson?

—Desde luego. Carter vendrá a buscarlo...

—¿Quién es Carter?

—Un empleado del hotel que trabaja para nosotros... En realidad, es el punto fuerte de nuestra red de espionaje en Malibú Beach. Se entera de todo... Él hizo posible este asunto en la bahía... Vamos, vamos, señora Lorigan, no me sonsaque más... Camine hacia la puerta. No puedo perder mucho tiempo...

La lujosa serie de habitaciones estaba a oscuras. Wayne, acurrucado en un rincón, cerca del bar-refrigerador del *living*, intentaba ver algo en la oscuridad, inútilmente, por supuesto.

La voz de Peter Insull se dejó oír, y no por el magnetófono, sino directamente:

—Está perdiendo el tiempo, Lorigan. No puede disparar porque me delataría su posición. No ganaría nada con atraer la atención de la gente hacia estas habitaciones. Cuando llegasen, usted ya estaría muerto...

Ya ni siquiera se oían las palabras del magnetófono, pues tras el último ruido de la puerta al cerrarse no había grabado nada más. El ligerísimo

zumbido del diminuto aparato no era audible para ninguno de los dos hombres.

Wayne sintió unas terribles ganas de carraspear. Logró contenerse.

Tan solo unas delgadísimas líneas de un verde blancuzco penetraban por entre las partes de la persiana graduable. En absoluto iluminaban nada... Era solo un resplandor extraño, inquietante...

Wayne sacó el magnetófono que había recuperado de las habitaciones de Rudy Griscolm. Con las máximas precauciones lo puso en marcha y se alejó, a gatas, rápidamente de aquel lugar.

Su voz fue como un golpe de *gong* en el silencio del *living*.

—Rudy: promoción del cincuen...

Los nervios de Peter Insull fallaron. Una delgada estría cárdena se marcó brillantísima en la oscuridad antes de que el espía pudiese darse cuenta del engaño.

Para cuando comprendió su error y quiso alejarse del lugar desde el cual había disparado, una de las manos de Wayne cayó sobre su muñeca armada, con tal fuerza que Insull creyó que le había roto el hueso. La pistola saltó por el aire y cayó poco más allá, con fuerte sonido.

—¡Aaah...!

Peter Insull quiso gritar cuando aquella terrible mano que parecía de acero se clavó en su garganta, pero la voz no le brotó.

Los dedos de Wayne Lorigan eran como un cepo indestructible, invencible. La pistola que empuñaba Wayne golpeó en la frente a Peter Insull, cuyas fuerzas decrecieron rápidamente.

Intentó la lucha, pero la mano que sujetaba su garganta apretó más...

Más...

Mucho más...

Peter Insull se dio cuenta de que aquella mano le estaba arrancando la vida. Una sola mano, pero podía haber sido la de un gigante auténtico, la de un hombre de proporciones dobles...

—¡E-e-e-eh...!

Quiso luchar, debatirse, buscar un aliento de vida...

Entonces la otra mano de Wayne Lorigan, sin armas, le asió por la parte alta de la cabeza, a la altura de las orejas... y aquella mano, no menos dura y feroz que la anterior, obligó a la cabeza de Peter Insull a efectuar un forzadísimo giro... ¡Crac!

Fue como algo muy seco que se rompía. Solo un sonido...

Y Peter Insull dejó de existir. Una muerte feroz, despiadada, brutal... La muerte que ocasiona la persona que sabe que solo puede hacer eso si quiere continuar viviendo.

El cuerpo de Peter Insull quedó colgando de la primera mano de Wayne Lorigan, aquella ferocísima mano que asía todavía la garganta. La mano soltó la presión y el cuerpo de Insull se arrugó sobre sí mismo, caliente, dúctil, flexible.

La entrecortada voz de Owen Apperson se oía en el apartamento. Wayne se acercó rápidamente al aparato que había conseguido engañar a Insull y lo paró. Luego detuvo también el que había utilizado Eveline tras colocarlo bajo el sofá.

El silencio fue entonces completo, impresionante. Unas gruesas gotas de sudor resbalaron desde la frente hacia las comisuras de la boca de Wayne.

Secó la lengua y gustó el sabor salado del sudor... Su pecho se movía fuertemente, en silencio, conteniendo hábilmente la respiración...

—Ahora... ahora tiene que venir ese Carter.

¿Debía esperar?

¿O salir inmediatamente hacia el varadero, en defensa de la inteligentísima Eveline?

—Santo Dios... ¡Y es rubia!

Se acercó a la puerta y escuchó los ruidos del pasillo. No se oía absolutamente nada... ¿Habrían matado realmente a Hyra Hibben? ¿Qué habría ocurrido con Eveline?

Bien. Estaba aclarado el modo que había utilizado Chetterton para salir sin ser visto: la cesta de la lavandería, manejada por el tal Carter. Y tras matar a Ashley Goldfarb y dejarlo en aquella quinta en construcción, Chetterton había regresado al «Glow-worm Malibú Hotel» y vuelto a sus habitaciones con la misma cesta de la lavandería...

Entonces... ¿quizá habían sacado también así a Rudy Griscolm?

¿Habría sacado ya el tal Carter a Owen Apperson? ¿Estaría muerta Hyra Hibben? ¿Y Eveline?

Un ruidito en el pasillo alertó bruscamente a Wayne. Si alguien estaba por allí en aquellos momentos, no cabía duda de que debía ser el tal Carter, el empleado del «Glow-worm Malibú Hotel», con... con su cesta de la lavandería...

El ruido metálico en la cerradura convenció a Wayne de que, en efecto, el llamado Carter, el punto fuerte del espionaje extranjero en Malibú Beach, se disponía a entrar en las habitaciones.

La puerta se abrió rápidamente. No menos rápidamente apareció la ligerísima carretilla de ruedas de goma blanda, suave, silenciosa.

Carter debía estar muy seguro del triunfo de Peter Insull, porque tras cerrar la puerta a sus espaldas musitó:

—¡Insull! Las dos mujeres y el cadáver de Apperson están abajo... ¿Y el de Lorigan? ¡Insull!

De la oscuridad surgió la mano de acero de Wayne Lorigan, tensa, recta, dura, contundente.

Golpeó la nuca de Carter, certeramente, con fuerza aniquiladora. El golpe fue tan brutal que Carter cayó súbitamente de rodillas, encogiendo el cuello, retorciéndolo, llevando hacia allí las manos, crispadas, en gesto protector.

Otro golpe, en el mismo sitio, derribó a Carter como si se tratase de un simple muñeco desarticulado bárbaramente.

La oscuridad era casi completa. En las habitaciones solo entraba, de refilón, la luz blanco-verdosa de la luciérnaga gigante de neón, un piso más arriba. Era como una escena fantasmal, como si la viviesen puros espectros.

Unas manos grandes, nervudas, fuertes, despojaron a Carter de su cinturón para amarrarle cruelmente las muñecas. Unas manos que parecían verdes... Las mismas manos, con el cordón de una de las persianas, amarraron todavía con más fuerza los pies de Carter.

Las mismas manos que agarraron a Peter Insull por los sobacos, lo alzaron y lo metieron en la cesta blanca de la lavandería; las mismas manos que habían despojado a Carter, desde un principio, de la blanca chaqueta; unas manos que alzaron también a Carter y lo apretaron contra el cadáver de Peter Insull, el asesino pelirrojo, tras colocarle brutalmente el pañuelo de Insull en la boca y mantenerlo allí con el pañuelo del propio Carter, anudado en la nuca.

Unas manos que colocaron la blanca chaquetilla sobre unos hombros anchísimos, rodeando un torso de coloso.

La puerta se abrió, la cesta apareció en el pasillo. Un hombre de blanca chaquetilla llevaba trabajo a la lavandería.

CAPÍTULO VII

A

la salida del montacargas había un largo pasillo subterráneo, amplio y bien iluminado, limpio, que llevaba a los servicios interiores del «Glow-worm Malibú Hotel».

Nadie había por allí en aquel momento, pero el exceso de luz preocupó a Wayne. Por un momento solo su mano izquierda manejó la carretilla, cuyas ruedas de goma se hundían visiblemente, se aplastaban bajo el anormal peso de dos hombres que tenía que soportar, en lugar de una cesta cargada con ropa.

La mano derecha de Wayne palpó la pistola que se había colocado entonces en la cintura bajo la flotante camisa veraniega.

Unos pasos más allá, un hombre y una mujer, con batas blancas, se cruzaron con él al salir de una de las puertas del pasillo. Le miraron extrañados, pero continuaron su camino cuando Wayne, con naturalidad, les sonrió débilmente.

Por supuesto, debían haberse extrañado: un empleado del hotel que, aunque llevaba la blanca chaquetilla, no llevaba los pantalones verdes-luciérnaga... y, además, en lugar de la también blanca camisa, llevaba una de colorines...

Pero afuera, en la noche, aquello no se vería...

Wayne llegó al final del pasillo, atravesó la puerta y se encontró en el exterior.

Un hombre apareció ante él, mirándole circunspecto.

—¿Quién es usted?

—Soy nuevo... ¿Por dónde debo seguir para llegar al varadero?

—¿Al varadero? Imagino que quiere decir al lavadero, amigo...

—Me equivoqué... —sonrió Wayne—. ¿Por dónde?

El hombre señaló la dirección. Pero cuando Wayne iba a continuar su camino, le retuvo por una manga.

—¿Cómo se llama usted?

—O'Connor.

—¿Dónde está Carter?

—Pues no lo sé...

—¿No lo sabe? Espere aquí un momento. No me gusta...

El golpe le acertó en la base del cuello. El hombre se quedó sin respiración, retrocedió un paso. Sus ojos intentaban abrirse, pero un nuevo golpe, también de canto, propinado en el mismo sitio por la durísima mano de Wayne, lo abatió definitivamente.

Wayne lo arrastró hasta detrás de unas cuantas de aquellas blancas

cestas.

—Lo siento, amigo, pero no podía hacer otra cosa... Luego, si puedo, te pediré disculpas.

Continuó adelante. Una mujer de edad avanzada apareció ante él, casi sobresaltándole.

—¿Adónde va con eso?

—Soy nuevo...

—Venga por aquí.

—Es que... Me han ordenado que me dirija hacia el varadero... No conozco el camino.

La mujer miró admirativamente, de arriba abajo, al coloso de ridícula chaquetilla blanca.

—Espero que le den pronto un uniforme de su medida. El varadero está hacia allá. Verá un camino bordeado de setos... Sígalo... Nadie le verá; todo es aquí discreto, invisible... —se echó a reír—. ¡Nosotros sí que somos las luciérnagas del hotel!

Wayne consiguió sonreír.

—Hasta luego, luciérnaga.

La mujer rio más.

—¿Sabes, chico? Me resultas simpático... Y oye: ¿Quién te dijo eso tontería de que llevases la cesta al varadero?

—No sé... Un tipo alto, feo, con cara de dolerle algo. Estaba a la salida del pasillo.

—¡Válgame Dios! El mandón. Bueno, hasta luego, chico.

—Seguro...

Wayne prosiguió su camino, de pésimo humor. Hubiese podido mostrar su placa del F.B.I. o la tarjeta, pero, en definitiva, el método más discreto y rápido era el que estaba empleando.

Suspiró cuando se halló en el camino bordeado de setos.

¿Y Eveline? ¿Quizá... quizá la habría matado aquel tipo llamado Ned Furness, uno de los que aquella noche habían acudido a la excursión nocturna en yate... el mismo que había estrangulado a Hyra Hibben?

Wayne se estremeció violentamente al pensar en Hyra. Había bajado en el montacargas hasta el cuarto piso y fue a las habitaciones de la mujer, pero ella no estaba allí...

¿Habría conseguido Ned Furness matarla, después de su fallido intento de hacerlo durante la excursión? ¿Habría sido llevada Hyra Hibben ya en una cesta, hacia el varadero...?

¿Estaría viva todavía Eveline?

De pronto, Wayne vio el brillo de las aguas del canal. Instintivamente se encogió, dobló un poco las rodillas. Era bastante más alto que Carter...

Se acercó cuanto pudo al borde del varadero. Había numerosas lanchas amarradas junto al borde de piedra. El yate se recortaba más lejos, anclado en el otro lado del canal, con un par de lucecillas rojas situándolo.

—Eh, Carter...

Wayne se detuvo.

—¿Adónde vas ahora? —gruñó la misma voz—. ¿Dónde está Insull?

Wayne volvió la cabeza hacia el agua. Vio al hombre ponerse de pie en el capó de la lancha.

—¿Qué diablos te ocurre? —continuó gruñendo Ned Furness—. ¡Vamos, no te quedes ahí como un imbécil, maldita sea...!

Wayne carraspeó. Dio vuelta a la carretilla, y la acercó aún más al borde sin decir palabra. Furness se acercó más.

—Te ayudaré... ¿No has visto a Insull? ¿No te esperaba en las habitaciones de Lorigan? ¿No puedes contestar algo?

La cesta estaba ya en el suelo, balanceándose entre los dos hombres, por encima de la popa de la lancha, cerca del sillón de pesca.

Furness se irritó.

—Escucha, Carter, si te crees que vas a tomarme él... ¡Eh! Pero... ¡Lorigan!

Wayne saltó hacia Furness, por encima de la cesta, cuando vio que el hombre soltaba esta y se llevaba la mano al sobaco, bajo la blanca chaqueta de *smoking*.

Y Wayne pudo saltar bien por encima de la cesta porque, al soltarla Furness, osciló rápidamente hacia el borde del varadero, hasta caer sobre la borda de la lancha, zarandearla bruscamente, y por fin, tras el choque, caer hacia las relativamente profundas aguas del canal.

Pero ni Wayne ni Furness prestaron atención a lo que sucedía con la cesta.

Wayne había conseguido aferrar la muñeca de Furness, impidiéndole apuntarle con la pistola que había desenfundado este.

Cayeron los dos sobre la reducida cubierta de la lancha, agarrándose uno a otro las muñecas.

Furness recibió un fuerte golpe contra la borda en la espalda, pero lo resistió bien y consiguió encajar un rodillazo en el vientre de Wayne, que lanzó un gemido de dolor, mientras dedicaba toda la fuerza de su brazo izquierdo a vencer el de Ned Furness hacia la borda.

Furness volvió a golpear, pero no consiguió los mismos efectos, pues aunque Wayne dedicaba todas sus fuerzas y atención a golpear la mano contra la borda, se había ladeado, protegiendo en lo posible el bajo vientre.

Dos golpes fuertes, que pillaron los nudillos de Furness entre la borda y la pistola, consiguieron que los dedos del espía se aflojasen.

Un tercer golpe, más rabioso aún que los anteriores, obtuvo el resultado final. Por encima del jadeo de los dos hombres, la pistola produjo un «chap» al quebrar la superficie del agua...

Wayne soltó entonces la muñeca de Furness y golpeó a este en la nariz, aplastándola duramente. También Furness consiguió encajarle un buen golpe en un pómulo, que impulsó hacia atrás la cabeza del agente del F.B.I.

Mientras, Furness todavía retenía en su mano izquierda la derecha de Wayne, que todavía conservaba la pistola. Había en la lucha, empero, un gran desequilibrio de fuerzas.

Wayne Lorigan medía casi medio pie más que Furness, y, además, la potencia muscular resultaba incomparable en favor de Wayne, que atizó un terrorífico zurdazo sobre un ojo de Furness, el cual aflojó incluso la presión sobre la muñeca derecha de Wayne.

Este aprovechó para soltarse de un seco tirón, que dejó a Ned Furness tambaleándose pegado a la borda.

Wayne le golpeó entonces con la pistola en la boca, partiéndole los labios. Las piernas de Ned Furness comenzaron a doblarse, pero aún intentó golpear a Wayne, el cual se limitó a desviar el golpe con un brazo y golpear de nuevo a su contrario en la punta de la barbilla, marcando un gancho de resultados aparatosos... y efectivos.

Ned Furness saltó hacia atrás por encima de la borda y el «chap» de su cuerpo contra el agua fue bastante sonoro.

Wayne se colocó la pistola en la cintura. Jadeando, se inclinó para tomar la pequeña pértiga que había sobre cubierta, cerca de la base de la borda, y que se utilizaba para apartar las lanchas hacia el centro del canal antes de poner en marcha los motores.

Manejando la pértiga por un extremo, Wayne esperó... Cierzo: Furness apareció en la superficie, resoplando débilmente, pero con ansias...

¡Cloc!

La punta de la pértiga golpeó, en corto, en la frente del espía. La cabeza colgó flácidamente... Ned Furness volvió a hundirse. Y ya no salió.

Jadeando entrecortadamente, lleno el rostro de sudor y notando la carne rasgada en el pómulos golpeado, Wayne se dirigió inmediatamente hacia la toldilla. Vio la lona extendida sobre cubierta, abultada...

Alzó una punta.

—Dios.

Las estrellas se reflejaron en los muy abiertos ojos de Hyra Hibben, mostrando su última mirada, de muerte. La boca estaba abierta, crispados los labios...

—Santo Dios... La han matado...

Por un instante se sintió como aplastado por los remordimientos. Pero, juiciosamente, ¿tenía él la culpa? No podía estar en más de un sitio a la vez.

Al abandonar las habitaciones de Hyra Hibben, le había dicho, pese a parecerle que estaba inconsciente, que realizase un esfuerzo y corriese el niquelado pestillo interior de la puerta. Por su parte cerró al salir; pero Hyra, o no le tenía mucho apego a la vida después de saber que habían truncado su luna de miel en Malibú, asesinando a Owen, o estaba completamente inconsciente.

No. Wayne no podía sentir remordimiento por aquella muerte. Ni por ninguna.

¿Acaso en algún momento pudo hacer más de lo que hizo? ¿No había salvado ya una vez la vida de Hyra? ¿Acaso había estado él en el hotel para ayudar a Owen cuando este fue a registrar las habitaciones de Rodney Chetterton? ¿Acaso tenía él noticia siquiera de que Rudy Griscolm había sido enviado a Malibú?

Alzó un poco más la lona. Allí estaba también Owen Apperson.

Y a su lado...

Casi gimiendo, Wayne gateó, rodeando los cuerpos de Hyra y Owen para acercarse al otro cuerpo.

Alzó la lona.

—¡Eve...!

Eveline estaba tumbada boca abajo, con las manos a la espalda, amarradas con un trozo de su bonito vestido de noche.

Tenía la cabeza ladeada, de modo que su mejilla izquierda estaba en contacto con la cubierta de la lancha. Una gran mancha de sangre resbalaba desde el borde del parietal hacia la nariz, frente, ojos, boca...

El corazón de Wayne Lorigan se encogió dolorosamente.

—Eveline.

Desató las manos y le dio la vuelta. Colocó una mano bajo el seno izquierdo de la muchacha.

Estuvo a punto de gritar de alegría cuando contra aquella mano palpité el corazón de Eveline, rítmicamente, un tanto lento.

Rasgó un trozo más del ya destrozado vestido de noche y se inclinó sobre la borda para empapar la tela en el agua. Entonces se acordó de la cesta conteniendo el cadáver de Peter Insull y al maniatado y amordazado Carter.

Se estremeció al pensar en este. Debía haberse ahogado horriblemente por la nariz, dado que la boca estaba bien taponada con un pañuelo que sujetaba otro amarrado a la nuca. Sí, una muerte horrible. Como la de Ned Furness, que también debía haberse ahogado.

¿Acaso merecían otra cosa?

Regresó junto a Eveline y le limpió la sangre del rostro. Aclaró la tela y volvió a limpiarla más completamente. El frescor del agua fue reanimando a Eveline, que comenzó a parpadear poco después.

—Eveline... Eveline...

La voz de Wayne era un susurro cálido, amable, cariñoso. La muchacha abrió los ojos y lo miró inexpresivamente por un instante.

Y...

—¡Wayne...!

Los brazos de la muchacha se alzaron enseguida, rodeando el cuello del agente federal, alzándose hacia él, estrechándose con fuerza contra su pecho, gimiendo.

—Ya pasó todo, Eve...

—Querían matarme. Furness me golpeó con la pistola.

—Porque no llevaba silenciador en ella, Eveline. De otro modo, estarías muerta ahora. Y dentro de unos días, tu cuerpo, el de Hyra y el Owen Apperson aparecían en cualquier lugar de la playa de la bahía.

—¿Hyra y Owen...?

—Están a tu lado. No mires, Eve... ¿Para qué?

La muchacha se estremeció. De pronto se apretó más contra Wayne y sus labios se aplastaron dulcemente sobre los del agente especial. Wayne Lorigan abrazó a Eveline a su vez y correspondió al desesperado beso de la muchacha.

Cuando ella se apartó, musitó:

—Creí... creí que no te vería más, Wayne.

Lorigan le acarició los desnudos hombros.

—Ya está bien, señora Lorigan —susurró con cariñosa ironía—. Nadie nos está mirando ahora. Dejémonos de teatro y pongámonos en movimiento.

Eveline parpadeó tímidamente. Musitó:

—Lo que tú digas, Wayne.

Lorigan se separó del todo de la muchacha, quedando sentado en cubierta.

—Veamos... Esta debe ser la lancha que tenían alquilada Ned Furness y Peter Insull. Debía estar a nombre de uno solo, pero la utilizaban los dos. La de Chetterton y la nuestra están libres. Vamos a ir hacia nuestra lancha, Eve. Y esperemos que nuestros compañeros John Dowling y Charley Hules estén alerta y hayan cumplido su parte. Espera un momento... Ten esto.

Le entregó la pistola y los dos pequeños magnetófonos. Luego se desnudó, hasta quedar solamente en bañador. Se metió en el agua del canal, silenciosamente, y se hundió.

No encontró a Ned Furness hasta el tercer intento. Apareció con él asido por los cabellos. Lo acercó a la lancha, en cuya borda aparecía inclinada Eveline.

—Échame una cuerda, Eveline.

Poco después, el cadáver de Ned Furness, terriblemente contorsionadas las facciones, yacía cerca de los de Owen Apperson y Hyra Hibben, cubiertos los tres por la lona.

—A Carter y a Insull los vamos a dejar ahí. Nadie va a verlos. No sé si pedirte que vengas conmigo, Eve.

—¿Adónde? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Yo voy a nuestra lancha. Si Dowling y Hilles han hecho su parte, que supongo que así habrá sido, tenemos allí algo que necesitamos utilizar cuanto antes. ¿Prefieres quedarte aquí o venir conmigo, nadando por el canal?

—Yo... prefiero ir contigo, Wayne.

—Como quieras. Tienes un maillot en la lancha, ¿no es así?

—Sí.

—Pues vamos ya... Yo llevaré los magnetófonos y la pistola. Me desenvolveré mejor que tú con una sola mano. Ven, te ayudaré a descender sin ruido.

* * *

Eveline se había secado, se había puesto el maillot y estaba envuelta en una gran toalla, mirando las manipulaciones de Wayne Lorigan, que se aseguraba antes de todo de que, cuando alquiló la lancha, el empleado del hotel había subido a sus habitaciones a buscar el pulmón, las aletas, el fusil con los tres arpones, los lentes monoculares.

Todo estaba allí: equipo, ropas, toallas. Todo cuanto habían preparado él y Eveline con vistas a tenerlo en la lancha había sido llevado allí, ciertamente.

Pero, además, había algo más interesante en aquellos momentos: un paquete de cigarrillos colocado cerca de los mandos. Wayne dejó ya dispuesto el aparato y ambos oyeron:

—Wayne: continuamos ignorando el paradero o la suerte de Rudy. Seguimos con nuestro cometido, mientras tú no decidas lo contrario. No intervendremos, a menos que nos lo indiques, pero continuamos vigilando. Busca bajo el rollo de cuerdas de proa.

Wayne fue hacia allá y regresó con un pequeño radiotransmisor.

—Cumplieron su parte —sonrió agriamente—. Veremos si todo sale mejor a partir de ahora.

Movió la palanquita.

—Hola, Wayne —le contestaron.

—Hola. ¿Dónde estáis?

—Charley vigila la salida del canal, por si Chetterton intentase algo raro esta noche. Yo vigilo la salida del hotel.

—Llama a Charley y venid los dos al varadero. Está detrás de la piscina. Venid inmediatamente. Yo os veré a vosotros.

—Allá vamos.

CAPÍTULO VIII

Q

UÉ hay, Wayne?

—Han matado a Owen y a Hyra Apperson.

Los dos agentes recién llegados sigilosamente a la lancha se miraron, pálidos.

—Maldita suerte...

—No podemos hacer nada ya en ese sentido Escuchad: he pasado varias grabaciones a esta sola cinta. En ella se explica todo lo que sé por el momento. Que uno de vosotros se la lleve a jefe. El otro, que vigile el varadero, escondido donde sea.

—Bien.

—Pero antes de eso tenéis que hacer lo siguiente: en una lancha que hay más allá veréis un bulto cubierto por una lona. Son los cuerpos de Hyra, Owen Apperson y el de un tal Ned Furness, que mencionó el informe grabado en esta cinta;...

—¿Te quedas un magnetófono?

—Sí. Quizá lo necesite. Esto... Remolcad mi lancha, a remo, hasta la que contiene los cadáveres. Los trasladáis a la mía y os vais de aquí a remo. Nada de ruidos. Aquella lancha debe quedar como si nada hubiese ocurrido allí. ¿Comprendéis?

—Claro.

—Bajo el agua hay una cesta de lavandería del hotel que contiene otros dos cadáveres. No hagáis nada con ella hasta que esto se solucione de un modo u otro. La cesta no molesta a nadie allí, y si intentaseis sacarla sería comprometido. Ya la sacaremos mañana.

—Está bien. ¿Algo más?

—Solo esto... y ya está bien. Después que estéis algo lejos del ranal recurrís al motor. Uno de vosotros tiene que desembarcar en un sitio desde el que pueda venir rápidamente a vigilar el varadero. El otro se llegará a Los Ángeles con la lancha y llevará el informe grabado al inspector Barrow. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Y vosotros?

—Eveline se irá con vosotros. Yo...

—¡Yo no me voy! —exclamó Eveline.

—Escucha, bombonazo: yo me voy ahora, a nado, a Cavern Rock, a esperar allí la salida matinal de Chetterton. No puedo ir en la lancha, porque si él la viese sospecharía algo, naturalmente. Por tanto, yo me voy ahora a nado hacia allí. Hay unas setecientas yardas. ¿Te atreves a venir conmigo?

—Sí.

Wayne miró a Dowling y a Hilles.

—Eveline: son setecientas yardas de mar adentro, de noche, sin más luz que esa delgadísima raya de luna y las estrellas.

—Luna de miel en Malibú. Iré adonde tú vayas, Wayne. Dime en qué puedo ayudarte.

—Marchándote.

—No. Yo también tengo mis aletas... Si me vas esperando de trecho en trecho, podré llegar a Cavern Rock... contigo.

—¡Está bien, haz lo que quieras! ¿Te has olvidado de Hyra Hibben?

—A ella tampoco le hubiese importado tanto morir si hubiese podido hacerlo junto a Owen.

Wayne frunció el ceño y ladeó la cabeza. ¿Había entendido bien el significado de aquellas palabras?

—Está bien —gruñó—, no perdamos más tiempo. ¿Qué hora es, Dowling?

—Casi las dos y media.

—Tenemos tiempo más que sobrado para llegar allí, descansar y prepararlo todo. Chetterton se acostó algo tarde, de modo que quizá se retrase un poco en la salida de mañana... Sí; creo que tendremos tiempo de montarlo todo bien...

En una bolsa impermeable Wayne metió el magnetófono a pilas y su pistola. Luego se colocó los tubos de oxígeno, las aletas en los pies y se colgó del cuello las gafas y del cinto del pulmón la bolsita con el magnetófono y la pistola. Se colocó atravesados en la cintura los dos arpones de repuesto y se quedó con el fusil acuático cargado en la mano izquierda.

—¿Vamos, Eveline?

La muchacha acabó de embutir su albornoz en otra bolsita impermeable.

—Vamos, Wayne.

Estrecharon las manos de Dowling y Hilles y se metieron en el agua. Segundos después ya no se veían.

Hilles comentó:

—La chica está loca por Wayne, ¿eh?

—Apuesto a que sí... De todos modos, no quisiera estar en el pellejo de Wayne.

—Otras veces nos tocó a nosotros la papeleta difícil, John.

—Lo sé... Vamos a lo nuestro, Charley.

CAPÍTULO IX

E

VELINE comenzó a sentir un poco de calor. El sol saldría ya pronto, calentándolo todo. En el cielo ya había larguísimas pinceladas amarillentas.

Se arrebujó más en el albornoz y miró a Wayne. Allí estaba, sin decir una sola palabra, ni siquiera para quejarse del fresquito de la noche. Pero el sol, muy pronto, aliviaría...

—¿Tienes a punto la pistola, Eve?

—Sí, Wayne.

—Procura no dist... ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo, Wayne?

—Parece como si nunca me hubieses visto...

—¿Qué ibas a decirme de la pistola?

—Que no te distraigas ni vaciles en disparar si alguien se acerca.

—¿Y tú?

Wayne señaló el agua.

—Voy a bajar.

—¿Para qué?

—Para ver qué buscaba o miraba Rodney Chetterton ayer por la tarde cuando se sumergió aquí. Lo hizo solo un momento, y me pregunto por qué, si luego decidió esperar en la lancha. Vamos a buscar un buen sitio para ti, Eve.

—No comprendo...

—Quiero que te escondas entre las pequeñas grutas que dan nombre a estas rocas. Nadie debe verte. Pero si alguien viniese, pon en marcha el magnetófono. ¿Comprendes?

—Sí, Wayne.

—Y no vaciles en matar. Recuerda la clase de gente que es.

—Sí, Wayne.

—Si ves acercarse una lancha, pásate al lado contrario de la dirección que lleve y golpea dos piedras con fuerza debajo del agua.

Wayne Lorigan vaciló, mirando a Eveline. Los rubios cabellos, cortos y ondulados, parecían pegarse todavía al cuello, húmedos aún.

Eveline estaba un poco pálida. Había pasado frío. Pero sus hermosos ojos azules miraban con energía, evidenciando una vez más la firmeza de su carácter. Los rosados labios se mostraban entreabiertos, delicada la línea del blanco cuello... Bueno, verdaderamente algunas rubias no estaban tan mal...

Eveline comenzó a sonreír, leve, dulcemente.

—¿Qué piensas, Wayne?

—Nada.

Se volvió de espaldas a ella, se colocó el equipo y se lanzó al agua. Ya se veía el fondo cercano de las Cavern Rock. Más allá, solo negrura.

Un rayo de sol penetró en el mar, cerca de Wayne. La claridad era ya completa.

Rodeó aquella parte de las Cavern Rock, donde había visto a Chetterton la tarde anterior, mirando con los prismáticos desde las habitaciones del desaparecido Rudy Griscolm.

Durante casi diez minutos estuvo yendo de un lado para otro, sin obtener ningún resultado o pista. Algunos peces, no muy lejos de él, parecían suspendidos...

Era la mañana del lunes. Pronto Chetterton tendría que tomar una decisión, hacer algo concreto...

—¿Qué es eso...?

Había una cosa negra, inmóvil, de forma conocida, unos cuantos pies más abajo. Descendió más, casi hasta los cincuenta pies. Las burbujas del tubo subían alegres hacia la superficie.

Era un pie. Un pie humano, calzado en negro. Wayne nadó más deprisa, lógicamente interesado. El cuerpo de un hombre estaba allí...

Lo habían amarrado a aquella roca, casi escondida totalmente debajo de otras, en una de las cavidades. Desde arriba, y solo profundizando tanto como lo había hecho él, únicamente podía verse, y mirando con toda atención, el pie.

El hombre estaba amarrado con el fino hilo transparente de una caña de pescar, que rodeaba las aristas de la roca. Permanecía tumbado para arriba, abierto de piernas y brazos. Las ropas se habían pegado a su cuerpo, aplastado contra la roca...

Wayne se colocó debajo del natural techo roquizo y acercó su rostro al del hombre. La deformadora hinchazón había comenzado ya y las facciones se veían algo abotagadas.

Sin embargo, aquel hombre era demasiado conocido por Wayne para no poder identificarlo inmediatamente: era Rudy Griscolm, el desaparecido agente especial del F.B.I., el amigo personal de Wayne, el compañero...

Wayne se apartó e inició la ascensión. Salió del agua por el lado contrario que podía verse desde el «Glow-worm Malibú Hotel», y se quitó los lentes.

Estuvo sentado un par de minutos, recuperando el ritmo respiratorio al aire libre. Sin quitarse ni las aletas ni los tubos de oxígeno se metió en una de las oquedades de las Cavern Rock. Había potentes focos que proporcionaban las luces que podían verse por la noche...

—Eveline... Eveline...

La muchacha apareció ante él. Llevaba la pistola en la mano derecha.

—¿Pasa algo, Wayne?

—Ahí abajo... está Rudy...

Eveline palideció.

—¿Rudy Griscolm?

—Sí... Lo han amarrado con hilo de pescar... Si me ocurriera algo; quiero que tú... lo comuniques para que lo saquen...

—Sí, Wayne.

Lorigan se sentó sobre una deformación de la roca. Eveline lo miró en silencio. Comprendía su expresión sombría, absorta, la dureza de aquella mirada generalmente amable, cordial... No es fácil aceptar con absoluta serenidad y conformidad la muerte de un buen amigo y formidable compañero.

De pronto, Wayne alzó vivamente la cabeza.

—¿Has oído, Eveline?

—No...

—Escucha... Escucha bien...

Era el zumbido del motor de una lancha. Se acercaba.

Wayne se puso en pie y caminó rápidamente hacia una de las aberturas en la roca. Eveline le siguió tan deprisa cómo pudo. Cuando llegó a su lado y se disponía a mirar, el brazo de Wayne se puso ante su pecho.

—Quieta... Ese debe ser Chetterton... Ven conmigo...

Recorrieron aquellos vericuetos roquizos hasta encontrar un lugar que satisfizo a Wayne.

—Tú te esconderás aquí, Eveline. El magnetófono, ahí... No lo pongas en marcha hasta el momento justo en que se diga algo por parte de quien sea.

—¿Crees que vendrá alguien más?

—Vendrá. No sé cómo ni por dónde, pero alguien tiene que venir...

Poco después la lancha se detenía cerca de las rocas. Era Rodney Chetterton quien llegaba en ella, efectivamente. Desde allí le vieron mirar hacia todos lados... Estaba inquieto, nervioso...

Wayne sonrió duramente. Había llegado el momento en que Rodney Chetterton lamentase haber entrado en aquel juego de sonrisas y muertes.

Le vieron colocarse el equipo submarino, incluido el fusil. Y también cogió una botella vacía, al parecer. Luego se lanzó al agua...

Cuando salió no llevaba la botella. Se alzó hasta la lancha, se quitó el equipo y encendió un cigarrillo. Habría que esperar algún tiempo...

Eveline miró a Wayne. El rostro del agente del F.B.I. permanecía impasible. Sus ojos estaban fijos en Rodney Chetterton, con una fijeza dura, cruel...

Eveline volvió a mirar hacia Chetterton, que estaba bien ajeno a la vigilancia fatal a que se hallaba sometido.

* * *

Casi una hora más tarde, un hombre-rana, con traje completo y perfectamente equipado, emergió cerca de la lancha. Chetterton se puso en

pie, se quitó las aletas y saltó al agua, comenzando a nadar hacia la orilla roquiza.

El hombre-rana llegó antes que él, pero solamente se bajó los lentes y se quitó la boquilla de la boca. Ayudó a Chetterton a salir del agua, el cual, casi sin concederse tiempo para respirar más normalmente, preguntó:

—¿Y bien, Serakov?

—Aceptamos, Chetterton. Las fotografías del microfilm, en principio, parecen interesantes. La mejora del proyecto Nova parece que puede ser factible. Sin embargo, nuestro técnico en estas cuestiones de a bordo asegura no ser capaz, ni él ni ningún otro de Rusia, de continuar con ese trabajo.

—Naturalmente... —sonrió Chetterton—. Ya les advertí que esos trabajos solo podían continuarlos el profesor Ashley Goldfarb, su iniciador, o yo, que seguí todo el proceso de proyección.

—De este modo, Chetterton, usted va comprendido en la compra de esos planos y provectos.

—¿Yo?

—Compréndalo. Nosotros estamos dispuestos a pagarle a usted los cinco millones de dólares que se le ofrecieron cuando uno de nuestros agentes le visitó en Los Ángeles, y le expuso el plan... Estamos dispuestos a pagar, pero, naturalmente, queremos obtener resultados. Esos resultados, según parece, solo puede proporcionárselos usted.

—Así es. Y estoy dispuesto a ir adonde me indiquen y acabar esos trabajos.

—Muy bien... ¿Dónde están los hombres que usted conoce como Bob Carter, Peter Insull y Ned Furness?

—Supongo que durmiendo. Usted mismo advirtió que no convenía que me viese mucho con ellos. Su lancha está allí.

—Bien, bien... Ahora, Chetterton, regresará al hotel y les dirá a Furness y a Insull que ya no son necesarios aquí, en Malibú Beach; que desaparezcan.

—¿Y Carter?

—Ese es nuestro punto de apoyo en Malibú. Déjelo que continúe siendo un oscuro empleado del hotel.

—Muy bien... Un momento. ¿Y ese hombre de ahí abajo, Serakov? Obedecí cuando Insull y Furness me metieron el cadáver en la lancha y me dijeron lo que tenía que hacer con él, pero... ¿vamos a dejarlo ahí?

—Desde luego. ¿Qué nos importa a nosotros? Sin embargo, Chetterton, no olvide recoger la botella que me suele dejar como señal de que es usted quien está por aquí.

—La recogeré.

—Bien. Y ahora escuche atentamente: regrese al hotel, dígales a Insull y a Furness que su trabajo en Malibú ha terminado y compórtese el resto del día con toda tranquilidad.

—¡Pero yo no puedo quedarme ahí todo el día! Cuando descubran...

—No sea estúpido, Chetterton. El F.B.I. lo ha descubierto todo ya. ¿Cree que este hombre de ahí abajo, llamado Griscolm, estaba aquí de vacaciones? Vamos, vamos, Chetterton... Usted regrese al hotel, compórtese con naturalidad, y a la tarde, como siempre, salga otra vez en la lancha. Estará aquí hasta la noche. Entonces yo vendré a buscarlo, estrellaremos la lancha contra las rocas y todos creerán que usted ha ido al fondo. Naturalmente, no lo encontrarán jamás, porque usted se vendrá conmigo para ser recogidos por el submarino. Entonces, si alguien más del F.B.I. le está vigilando, cosa más que probable, aunque a usted no se lo parezca, se encontrará con que sus esperas para verle a usted realizar contactos en el «Glow-worm Malibú Hotel» han sido en vano. Asunto cortado, congelado, muerto. Mientras, usted será desembarcado en un lugar propicio, se le proporcionará todo cuanto necesite y trabajará intensamente hasta acabar esos proyectos. Una vez lo haya conseguido, recibirá un pasaporte italiano, falso, naturalmente, y cinco millones de dólares. Hecho esto, se le llevará a Río de Janeiro, se le dejará allí con el nombre de Carlo Melli, y no sabrá nada, nada más de nosotros. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Pues hasta la tarde. No es necesario que baje usted. Yo mismo le subiré la botella. En cuanto a ese hombre, no piense más en él: que se pudra ahí para siempre.

La seca voz de Wayne Lorigan masculló:

—No será el único en pudrirse, Serakov...

El hombre-rana se volvió cuan rápidamente pudo hacia el lugar de donde provenía la voz, crispando la mano sobre su fusil acuático. Chetterton, palidísimo, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Lorigan...!

Serakov se estaba volviendo, ya con el fusil listo para ser disparado. Chetterton, que había dejado su fusil en la lancha, no parecía capaz de moverse.

El ruso disparó, pero Wayne esquivó fácilmente el largo y agudo arpón, impulsado con fuerza terrible por el aire comprimido. El arpón dio de punta contra una roca, rebotó...

—No se mueva más, Serakov. Ahora está desarmado.

El hombre-rana, que solo llevaba aquel arpón, comprendió que era un absurdo intentar recuperarlo y volver a disparar. Su rápida acción sorprendió a Wayne, que cuando disparó lo hizo por puro reflejo, a pesar de comprender que iba a fallar... porque Serakov había saltado, de espaldas, hacia el agua.

La fuerte zambullida salpicó a Chetterton, que ni siquiera así parecía capaz de reaccionar.

—¡Encárgate de Chetterton, Eveline! ¡Que no escape!

Wayne desapareció en el agua, mientras Eveline apareció delante de

Chetterton, apuntándole serenamente con la pistola.

Abajo, Wayne vio al hombre-rana ruso justo a tiempo de evitar la cuchillada que este le tiraba al vientre. Logró esquivarla, hundirse un poco más...

El ruso se había colocado ya la boquilla, pero él no había tenido tiempo. Se la colocó rápidamente, con la mano izquierda. Su cuerpo giró momentáneamente desnivelado. Armó el fusil.

El ruso se lanzó de nuevo al ataque. Tenía más probabilidades de vencer si llevaba la lucha al cuerpo a cuerpo que si intentaba huir, en cuyo caso Wayne lo cazaría fácilmente con el arpón.

Wayne lo vio venir, cernerse peligrosamente sobre él. Se ladeó un poco, utilizando únicamente las piernas, y enderezó el fusil. ¡Fssss...!

El arpón se hincó profundamente en el centro del pecho del hombre-rana, llamado Serakov. En el acto, el cuchillo se escapó de su mano, su cuerpo se crispó para relajarse enseguida.

Como un pez despanzurrado en aguas calientes, pareció a punto de quedarse allí, suspendido, flotando entre dos aguas. La sangre caliente subía rápidamente hacia la superficie.

Wayne nadó hacia arriba, tirando del fino cable del arpón. Sacó a Serakov del agua y le arrancó el arpón del pecho.

Los jadeos le advirtieron de lo que estaba ocurriendo muy cerca de él. Se volvió...

* * *

Chetterton había logrado sorprenderle, esquivando el balazo que pudo disparar. Solo uno, porque luego el hombre cayó sobre ella violentamente; rodaron por el suelo.

Eveline intentó disparar de nuevo, pero las fuerzas del hombre eran superiores y le despellejó la mano golpeándola contra las rocas. La pistola cayó al agua y Eveline aprovechó el ademán de Chetterton de tomarla en el aire para librarse de él y correr hacia las rocas.

Pero Chetterton ya había matado una vez. Volvería a hacerlo si era preciso... Cinco millones de dólares...

Mientras Eveline intentaba escalar las rocas, Chetterton, saltones los ojos de miedo y rabia, se abalanzó hacia el arpón que Serakov había disparado infructuosamente contra Wayne. Lo asió, sin importarle que tras él arrastrase el fusil, y corrió en pos de Eveline, acorralándola en una roca.

Eveline veía ahora la crispada faz de Chetterton, el brillo del arpón. ¡Aquel asesino lo iba a hacer, lo haría...!

¡Fssss...!

Una punta oscura, en rojo, apareció ante Eveline, sobresaliendo del pecho de Rodney Chetterton, que soltó en el acto el arpón y se llevó las manos a la espalda... Cayó hacia atrás, de espaldas, y la punta del arpón todavía sobresalió más por el pecho.

Eveline desvió la mirada.

Allí estaba Wayne, con su fusil en la mano, mirándola atentamente.

—¿Estás bien, bombonazo? Porque todavía nos quedan cosas que hacer. Utilizaremos la lancha de Chetterton; llevaremos los cadáveres...

Eveline se llevó las manos al rostro... y rompió a llorar.

* * *

La grabación de la segunda cinta que recibía el inspector Barrow terminó con las siguientes palabras de Wayne Lorigan:

—De modo que en esta misión el espionaje soviético ha salido perdiendo cuatro hombres y nosotros, una mujer y dos hombres... Sin embargo, hay que celebrar, en lo posible y relativamente, el hecho de que, muerto Chetterton, el microfilm que este les cedió para estudio no va a servirles de nada. Han muerto Peter Insull, Bob Carter, Ned Furness, Serakov, Goldfarb, Chetterton. Y como muertes de verdad lamentables, Rudy Griscolm, Owen y Hyra Apperson... Cierro el informe con una pregunta: ¿Vale la pena todo esto para llegar a la Luna? Firmado: Wayne Lorigan.

—Bien —suspiró Horton Barrow—, que pasen esto a máquina, Jim —se volvió hacia John Dowling y Charley Hilles—. ¿De modo que todo ha quedado solucionado allí, en Malibú?

—Sí, señor.

—Y vosotros, ¿me habéis traído la cinta que completa perfectamente el informe de Wayne?

—Claro.

—Muy bien. ¿Y dónde se ha metido Wayne? ¿Y Eveline?

—Pues... Wayne dijo...

ESTE ES EL FINAL

W

AYNE descolgó el auricular.

—¡Diga! —gruñó.

—Oh, jefe... ¿De modo que es usted?

—Eso es: yo. ¿Puedes decirme qué estáis haciendo Eveline y tú todavía en Malibú?

—Oiga, jefe, ¿de verdad estamos casados legalmente?

—Claro. Pero podéis divorciaros en cuanto...

—¿Por qué no se va al infierno, jefe?

—Oye, Wayne, muchacho, ¿qué pasa ahí? ¿Está Eveline contigo?

—Claro. Estamos los dos en nuestras habitaciones. Ya sabe, a sus órdenes: *suite* quinientos setenta y ocho. Adiós, jefe.

—¡Wayne! —rio Barrow—. ¡No me digas que habéis acabado enamorándoos...!

—¿De qué diablos se ríe? —farfulló Wayne.

—¡Pero, muchacho... si Eveline es rubia...! Oye, ¿no es su voz la que oigo?

—Seguro: está muy abrazadita a mí... ¡Tan cerca!

—¡De modo que os dais besitos!

—¿Me cree tonto, acaso?

—No, no... Bueno, pues nada... Adelante con los besitos... Y hasta la vista...

—Hasta la vista... ¡Jefe!

—¿Qué hay?

—Es que no son solo besos, jefe... Son los besos... y etcétera...
Comprenda: luna de miel en Malibú...

FIN

PARA LOS AFICIONADOS DEL TEMA
"WESTERN" LES OFRECEMOS:

SALVAJE OESTE GRAN OESTE

¡LOS EPISODIOS DEL OESTE AMERICANO MAS SENSACIONALES!

De venta en todos los kioscos y librerías.



Precio: 15 Ptas.